

EL CONSTITUCIONALISMO

Y LOS

PARTIDOS TRADICIONALES

Abdulgénio de Cidadeau
Dr. Melián Laferrir.

•. •. •.

Enero 1899.

Alberto

EL CONSTITUCIONALISMO

Y LOS

PARTIDOS TRADICIONALES

3.12

EL

CONSTITUCIONALISMO

Y LOS

PARTIDOS TRADICIONALES



B. 1316

MONTEVIDEO

Editor: ALBERTO NIN

263 — CALLE SARANDI — 263

1898

81.335

DEDICATORIA

Este folleto, que dedico y ofrezco á mis conciudadanos, se compone de una colección de artículos de combate aparecidos en *La Vanguardia* de Montevideo en el mes de Noviembre próximo pasado, y cuyo diario murió masacrado á la vista y paciencia de la autoridad, dos días antes de las elecciones generales.

El último artículo quedó, pues, inédito; y como los anteriores no pudieron alcanzar mucha circulación por razones fáciles de comprender, me he decidido á reimprimirllos y completarlos con una exposición más general sobre mi manera de apreciar la cuestión interesante de los partidos, y que es una última réplica á las argumentaciones del «Dr. Byzantinus», don Domingo Aramburú, que ha seguido entreteniendo á los amantes de las letras á propósito de su folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya».

Es la primera vez (y seguro estoy que será la última) que salgo á la prensa á hacer propaganda por una idea, y como resulta que me he estado *guasqueando solo*, pues si alguien

leyó mis artículos, nadie los ha contestado ni quizás tomado en mucha cuenta, me permite rogar á los que lean este folleto, quieran hacerme el gran favor de retribuir el insignificante obsequio que les hago, comunicándome sus opiniones ó impresiones sobre mi manera de encarar la cuestión de los partidos tradicionales del Uruguay.

Protesto de la manera más formal, que sólo me propongo con esas respuestas, hacer una especie de *censo político*, si se permite la expresión, y para conocer personalmente si es «Byzantinus» ó yo el que está en lo cierto y en lo práctico. Por consiguiente, no daré á la publicidad ninguna de las respuestas que reciba, á menos que los que me honren y favorezcan con ellas, lo autoricen ó pidan expresamente.

ALBERTO NIN.

Diciembre 1898.

Sarandí 263 — Montevideo.

EL CANDOMBE ACTUAL

Los Constitucionalistas y "Byzantinus"

TRIPOTAJES POLÍTICOS

A redobles de tambor descangallado nos suenan las pretensiones de *Byzantinus*, quien, cual Fénix del Constitucionalismo, reaparece en *La Razón* con un largo artículo contra los partidos tradicionales, y cuya argumentación es un conjunto de paralogismos cuando no contradicciones, que ponen en perfecto relieve la inconsistencia y falsedad de la tesis que sustenta.

El nuevo Génesis de este viejo Adán no es ya el «Constitucionalismo» sino el «Partido de la Fraternidad Uruguaya», como si el cambiar de nombre tuviera la virtud y poder de cambiar las cosas y sobre todo los hombres con todo el cortejo de sus pasiones y ambiciones.

Hoy por hoy, la mutación compuesta por *Byzantinus* no estaría llamada á producir más efecto práctico que el de encubrir la anomalía y aberración chocante y desconsoladora de que el

partido de susafecciones, que pomposamente ha dado en llamarse «Constitucional», esté entregado en cuerpo y alma al servicio de los hechos y de los hechos brutales y de fuerza, y que casi todos sus elementos que se dicen la *élite* de los partidos tradicionales estén prosternados, no ante los principios, sino ante el éxito menguado de haber alcanzado una piltrafa del Poder y adoren un ídolo fabricado de barro y odios.

Los partidos son una necesidad, son un hecho inevitable impuesto por la naturaleza variable y contingente del hombre, y hasta la circunstancia de que el mismo *Byzantinus* quiere que se forme el «Partido de la Fraternidad Uruguaya» muestra que no podremos dejar de tener partidos, bien que debamos aspirar y aspiramos á que tengan verdaderos programas y sobre todo que tengan disciplina, energía, valor y constancia para llevarlos á la práctica, para convertir en hechos reales las palabras y teorías, valiéndose para ello de los medios más adecuados á ese fin, que no son por cierto la fuerza, la persecución, la violación de las formas y del derecho, sino el convencimiento y las manifestaciones de la libre voluntad, en los comicios, en la tribuna, en el Parlamento, en fin, en todas las esferas de la actividad de la vida pública del ciudadano.

En Inglaterra existen y gobiernan á maravilla los partidos tradicionales nacidos de las luchas

civiles ardientes y sangrientas; en los Estados Unidos existen y gobiernan á maravilla también los partidos tradicionales que se lanzaron á la lucha más violenta y sangrienta que registra la historia del siglo, y á fuer de prácticos, á los hombres de esas naciones, que han huído del bizantinismo que corroe el espíritu latino, no se les ocurre gastar sus fuerzas ó perder el tiempo en convencerse de que no debe haber partidos tradicionales, porque esa es tarea imposible; y por el contrario sin preocuparse del nombre de las cosas, van á los hechos positivos.

A los Torys, conservadores y Whygs, liberales, lo que les preocupa es llevar á la práctica sus programas políticos que cambian casi todos los años en detalles de importancia y hasta se cruzan, por decirlo así, en muchas ocasiones; y los demócratas y republicanos en Estados Unidos siguen adelante llamándose tales, con sus diferencias aduaneras ó «modus gubernare» sin preocuparse de que en su origen trataron de dirimir sus diferencias por el único medio posible entonces de la fuerza y produjeron un enorme y voraz incendio, que costó miles de vidas y miles de millones de pesos á la Nación.

Predíquese la concordia, en buena hora, y más que predicarla, practíquese real y sinceramente siempre, cosa que no creemos que haya

hecho nunca el «Constitucionalismo», que se ha mostrado siempre intemperante, siempre agresivo; púgnese por que en la práctica los partidos se respeten colectivamente y los partidarios no sean repudiados y castigados por el hecho de pensar de distinta manera ó de llamarse blancos, nacionalistas, colorados ó conservadores; porque se defienda con altruismo el derecho en cualquiera que lo tenga, y se habrá realizado algún progreso efectivo y se habrá hecho una obra de varón más provechosa que la de cambiar el hábito ó el nombre al fariseísmo político, si siempre se ha de proceder como fariseo.

No es el hipócrita horror á los nombres ó moteles que, al fin, no son más que palabras, lo que debe inventarse y fomentarse; es el horror á la mistificación y á la mentira, lo que debe manifestarse siempre virilmente y contra cuyos vicios tiene que defenderse este país infestado de ese mal, sino quiere perecer.

Los partidos, como compuestos ó conjuntos de hombres, están sujetos á la ley inevitable del progreso, que opera no á saltos y al placer de las minorías insignificantes, sino por evoluciones que deben ser lentas para que puedan ser fecundas y duraderas.

El mismo *Byzantinus* reconoce que habría injusticia en negar que se han realizado progresos en el seno de los viejos partidos, y según él mismo, esos progresos son nada menos

que la humanización de la guerra y organizaciones más democráticas y autonómicas ; y por consiguiente, lo lógico es que se siga en esos partidos que tienen *vida* real y tendencias al mejoramiento ó que ya realizan el bien, porque vivir y evolucionar es progresar.

Los hombres, pues, de los partidos tradicionales, cuanto mayor sea su importancia, y no se ofusque su buen sentido y amen con abnegación el triunfo de la verdad, deben permanecer en el seno del partido en que se han formado para trabajar allí con tesón por la realización de sus propósitos.

Esos partidos diminutos, que no son una fuerza decisiva ni cosa parecida en la solución de problema alguno, como ingenuamente lo reconoce *Byzantinus*, no tienen razón de ser ; son un mal, y su formación ó persistencia, pasado el momento que pudo aconsejar su creación, debe combatirse, por lo mismo que se pretende que van á ellos las cabezas más privilegiadas y los hombres más preparados para la vida pública, puesto que de esos elementos se van á ver privados en los momentos solemnes los partidos tradicionales que constituyen las masas populares.

Byzantinus quiere, por decirlo así, quitarle la manija á la bola, para después tener el gusto de quejarse y gritar de que nos gobiernan y pretenden dirigirnos las mediocridades, cuyos

éxitos les confunden y llenan de envidia. En ningún país civilizado se han formado ni se preconizan las formaciones de agrupaciones de carácter permanente para actuar como los elásticos en las carretas, las defensas en las embarcaciones ó los *buffers* en los vagones de ferrocarril, que son todos ingeniosos útiles de la mecánica práctica, pero que no pueden tener semejantes en la vida política de los pueblos.

Ese papel lo desempeñan más bien las coaliciones transitorias de los partidos, porque las imponen fines ó situaciones comunes porque se lucha y se combate con independencia del vínculo de partido; en una palabra, cuando no se hace verdaderamente cuestión de vital importancia para el partido.

Las coaliciones armadas de los partidos las evitan mejor los partidarios que han mostrado siempre carácter y consecuencia, porque ello les da indisputable autoridad dentro de sus agrupaciones, pero en manera alguna, terceros en discordia que, lejos de apaciguar los ánimos, los excitan con sus prédicas de maestros ciruelas, como sucede al que se entromete á querer arreglar las diferencias pasajeras entre cónyuges.

A nuestro juicio, el error de *Byzantinus* nace de que precisamente ha olvidado que los partidos tradicionales han experimentado saludables transformaciones por la acción del tiempo

y del progreso, y no—como él lo pretende—por efecto del «Constitucionalismo», que por buenos que fueran los propósitos de sus iniciadores ha actuado más bien en nuestra vida pública como una fuerza retardataria y contraproducente.

El tiempo ha modificado nuestros partidos tradicionales humanizando la guerra, como en el Quebracho y en las incursiones de Saravia-Lamas, porque cuanto más nos hemos alejado de los atropellos y barbaries de nuestra época primitiva, menos actores de esos sucesos, ya fueran víctimas ó victimarios, figuran activamente en las filas actuales de los partidos tradicionales, y por consiguiente, menos han sido y serán los odios y los rencores y rozamientos que se producirán entre blancos y colorados.

La influencia del progreso natural y no la poca ni mucha del «Constitucionalismo», porque ha tomado también participación armada en las guerras civiles, es lo que hace creer hoy á los partidos tradicionales aquí, como en Inglaterra y en Estados Unidos y en todas partes, que la guerra civil es un recurso muy extremo y que hoy hay medios más ventajosos para todos, que las luchas de exterminio, saqueos y degollinas.

No es necesario cambiar de nombre para ser honrado, y Santos ni Tajes y el partido que los acompañaba no necesitaron llamarse «Consti-

tucionalistas» para no hacer una quinterada con los vencidos del Quebracho, ni Saravia ni Lamas tomar otro nombre para no entregarse en la última guerra civil á cometer las iniquidades de Oribe.

A nuestro entender, *Byzantinus* olvida que el cisma cuya continuación preconiza, fué tan retardatario como contraproducente, y nosotros creemos, y con nosotros toda la gente de buen sentido, que fué ambas cosas, porque condenándose los «Constitucionalistas» á la impotencia, al separarse de sus respectivos partidos, fueron en seguida dominados por el despecho, que es siempre mal consejero, y se condujeron peor que el perro del hortelano, no gobernando el país ni dejando que lo gobernaran cuando menos las mediocridades de buen sentido, y que como ellos, tenían buenos propósitos y trataban de hacer todo el bien que las circunstancias permitían.

Hoy mismo *Byzantinus* predica la fraternidad, sin duda porque ve la guerra civil otra vez amenazando á este desgraciado país y encuentra á su partido en el candelero; y se engaña y nos quiere engañar, si pretende con su propaganda hacer creer que su diminuta agrupación no tendrá responsabilidad alguna en los desgraciados acontecimientos que parecen tan inminentes como inevitables.

No se quiere dar cuenta, el cismático recal-

citrante, que el «Constitucionalismo», hoy como antes y hoy peor que antes, lejos de haberse puesto al servicio de los bien entendidos intereses del país y desempeñar el noble papel de moderador de los partidos tradicionales, como dice ser su misión, como antes y más que nunca se ha enrolado en la lucha activa y ha sentado plaza de genízaro en la situación actual, que está bien preñada de males, engendrados los más graves por sus intransigencias, exageraciones é impaciencias de entregarse á gozar concupiscentemente de la participación en el Poder que le ofrece un loco que no ha mostrado hasta ahora más momento lúcido como gobernante que el maligno y ponzoñoso de haber asalariado á la prensa para que le encubra todas sus maldades y trapisonadas.

Byzantinus, si no es ciego, tiene que ver que lo que ha hecho el Constitucionalismo es cambiar el terror del insulto y la calumnia pública y privada que esgrimía con mano maestra contra los funcionarios públicos, por la abyecta complicidad del silencio y la mistificación, cuando habla, para encubrir delitos políticos de todo género, como los que se están cometiendo en esta época nefanda.

Se han hecho con su aplauso leyes electorales *ad hoc* y se pretende constituir la Representación Nacional ó los Poderes públicos con el voto de una minoría absoluta como es la que se ha

inscripto (10.000 de 70.000 ciudadanos hábiles para el voto que tiene el país); no se piden cuentas del manejo de los dineros públicos. Peor que eso, se quiere hacer creer que se dan con la publicación de simples balances de Tesorería que sirven para formar tanta idea del estado de la Hacienda como le serviría al médico para conocer el estado interior del enfermo el examinarle sus ropas exteriores.

Se tiene en movimiento y agitación á todo el país con el contento de los órganos asalariados del «Constitucionalismo» para que se elija al insensato que gobierna al país con una guaranquera y brutalidad jamás vista, como decía el malogrado doctor Carlos María Ramírez en sus explosiones de dolor por el estado de las cosas, Presidente constitucional, y á todos sus Secretarios llamados de Estado y hasta á sus hijos, sirvientes y esbirros, Senadores y Diputados de la Nación.

Se combatió desenfrenada y desaforadamente á Latorre y á Santos, á Tajes y á Herrera y á Borda. Durante 25 años los «Constitucionalistas» no se conformaron con nada, y ahora esa misma *élite* de todos los partidos tradicionales, es la que aplaude desenfrenada y desaforadamente á un insensato que sólo tiene vísceras enfermas, y lleva el país á la guerra civil, porque ante todo quiere saciar su insana ambición de ser Presidente constitucional de un pueblo que languidece en la anarquía y en la miseria.

Sí, *Byzantinus*, el «Constitucionalismo» desaparecerá, ha desaparecido ya, y eso desgraciadamente, no porque sus hombres se hayan convencido á tiempo de que es un partido inútil, sino porque se ha suicidado y su *élite* se ha entregado al más vergonzoso candombe y tripotaje político !

En vez de moralizar, el «Constitucionalismo» se ha prostituido, embarcándose en una empresa que lleva al país al retroceso político, en cambio de una supuesta moralidad administrativa que no se ha probado ni se probará.

10 de Noviembre de 1898.

EL CONSTITUCIONALISMO

“Byzantinus” y el cocodrilo

No es la primera vez que el partido de *Byzantinus*, después de haber preparado y mechado bien con bombas y explosivos de altas tensiones, la tea de la guerra civil, y de haberla hasta incendiado con mano aturdida si no impía, ante la inminencia de la ignición ó los estragos reales que ella producía, se nos ha puesto á llorar á lágrima tendida.

Y ese llanto póstumo, esas jeremiadas y exhortaciones á la concordia y á la fraternidad no han tenido nunca el carácter ni la virtud de ser un acto de contrición, como el de la Magdalena arrepentida, sino simplemente el lagrimeo del cocodrilo, al cual es sabido que después que ha digerido á su víctima y llorar de repleto y atrofiado, se prepara á una nueva fechoría.

Esa es también la única tradición del Constitucionalismo, y se comprende que así hayan pasado las cosas, porque los elementos que forman ese partido, aunque de buena fe ó por especula-

ción aparentan lo contrario, han alimentado su espíritu de resabios, de intransigencias y de odios, en suma, de las malas tradiciones de los viejos partidos á que han pertenecido y á los que quieren quijotescamente destruir para darse el gusto de llamarse innovadores ó reformadores, en vez de esforzarse abnegadamente dentro de ellos, en llevarlos por el buen camino á la realización de las conquistas del progreso.

Así vemos á *Byzantinus* que queriendo desempeñar el rol de « republicano histórico »,— siempre los nombres pomposos para ellos — sólo encuentra en nuestro pasado la figura de Leandro Gómez como el héroe á quien quiere sentar como Dios Mayor en el altar de sus adoraciones y oraciones.

Es que *Byzantinus* ha sido... y es blanco, pero como no actuó en el Cerrito ni fué seide de Rosas, no ha encontrado medio más feliz para que algún insensato no lo crea un réprobo, que cambiarse el nombre y llamarse constitucionalista en vez de blanco ó nacionalista, y de ese modo, aparecer también como un hombre superior, como un político llovido del cielo y, que estando por encima de los demás mortales, él y sus compañeros son los ungidos para llevar á la grey enceguecida por la idolatría, á la tierra de promisión.

El propósito no es malo en sí, y las elucubraciones de *Byzantinus* sobre lo que él cree y dice

que es su partido, ó debiera ser, su programa, sus tendencias y aspiraciones, son más que recomendables, son la última expresión de la ciencia política, la práctica diaria de los viejos partidos en los países civilizados más bien regidos, porque los gobiernan, no mandones arbitrarios, sino partidos organizados y viriles; pero, ¿quién no ve en el *fin actual* que persigue *Byzantinus* una impertinencia, algo que sin que él quiera sin duda, es tan intempestivo como dañino, porque no daría, de realizarse, mejor resultado que aumentar y perpetuar la anarquía que nos devora y que nos lleva á la guerra civil ó al entronizamiento con apariencias de legalidad, de un insensato, en la primera magistratura del país?

Byzantinus atribuye á los partidos tradicionales fines que no tienen, para darse el gusto de demostrar, no sólo que son malos, sino que fatal y necesariamente lo serán, y que mientras se llamen partido blanco, nacionalista, colorado ó conservador, serán impotentes para realizar el bien. ¿No le parece que entonces lo que sería mejor cambiar, sería los hombres y que éstos se volvieran justos, temperantes, abnegados, patriotas, y que llevando al Poder á la verdadera virtud y buen sentido para la dirección de los negocios de Estado, hagan la felicidad del país, llámese el individuo blanco ó colorado? ¿Y por qué no ha de entenderse que es siguiendo las tradiciones de los hombres de esos partidos, é

inspirándose en sus virtudes y para honra de ellos, y beneficio de los presentes, pueden sin cambios de nombres realizar el bien?

Veritas es colorado como *Byzantinus* es... «Constitucionalista» y no cree ni ha creído nunca que sólo los colorados deben tener derechos políticos en el Uruguay, ni que los blancos de nacimiento, ó por el hecho de llamarse tales los que se han enrolado, ya entrados en años, en ese partido, sean absolutamente incapaces para el Gobierno, para ser Ministros de Estado, Diputados, Senadores ó desempeñar otros empleos civiles ó militares.

Nunca, ni menos hoy, los partidos en el Uruguay han tenido como ideal, como propósito, predominar en la «tradición del error», sino que por el contrario, aleccionados por esa tradición, que no es cierto tampoco que tenga el poder de hacer revivir odios y rencores, han tendido y tienden, influenciados por la ineludible ley del progreso, á la realización del Gobierno propio, á que el sufragio sea una verdad y á que los dineros públicos sean administrados en favor de la comunidad que los paga y no para servir al sostenimiento de personalidades ó círculos en el Poder, como sucede ahora en los propios momentos en que el «Constitucionalismo» se ha empeñado en conseguir á sangre y fuego y con la mistificación y la mentira por escudo, que los destinos del país sean puestos en manos de un

gavillero de antaño, no cambiado en hombre bueno por llamarse colorado y haber llegado por obra del acaso al rango de capitán, y que por añadidura, es un mentecato ambicioso.

Veritas, y con *Veritas* el más exaltados de los colorados, cree, que si en su partido no hubiera hombres como *Byzantinus*, darían su voto con placer á *Byzantinus*, llámesel «Constitucionalista» ó aun blanco, para Presidente de la República; pero se resiste y se resistirá á dársele al Cuasimodo que se llama colorado y es el hombre del «Constitucionalismo» del presente, porque sencillamente carece de condiciones físicas, morales y de situación, diremos, para ser elegido Presidente, estando en el Poder y teniendo en sus manos los elementos de hacerse elegir *velis nolis*.

Es esa imposición de la fuerza lo que no acepta el Partido Colorado en masa, hoy en día, y no acepta el Partido Blanco, tampoco, en el santuario de su conciencia, porque no puede quererse, por muchas que fueren las ventajas que de presente ofrezca el señor Cuestas, aquí y en todas partes, que nos gobierne un monstruo físico, moral y político.

¿Por qué el «Constitucionalismo» no levanta y sucumbe noble y abnegadamente en la lucha por un *Byzantinus* que es y ha sido hombre de honor y de ciencia, por un José P. Ramírez que ha sido colorado de verdad hasta sus cincuenta

años y á quien perdieron por desgracia para su partido y para la patria los falsos espejismos del «Constitucionalismo», que los colorados podrían casi con justicia decir, que es invención de hombres con los instintos de los del Cerrito?

¿Por qué los «Constitucionalistas», si creen que la situación es colorada, no se han puesto al servicio de un candidato colorado que tenga virtudes y energías reales para el bien?

No quisiéramos decirlo, pero la imprudente bien que mansa provocación de *Byzantinus*, nos impone la obligación de ser claros: es porque los «Constitucionalistas», en su mayoría, son blancos y quizás y sin quizás, blancos jóvenes, pero con las ideas de los del Cerrito, y han buscado ese medio para dañar al Partido Colorado, arrebatándole muchos de sus hombres populares, por tener méritos reales y superiores, pero á quienes ¡así es la naturaleza! les ha negado las energías y la constancia. En una palabra, son latinos, llenos de virtud, vehemencia y condiciones, pero á quienes les faltan la constancia y la paciencia del hombre superior del Norte, y han sido juguetes de ilusos como *Byzantinus* ó malevolentes del género de los actuales Directores de *El Siglo* y *La Razón*, que son y han sido por inclinación, temperamento y carácter, más que por herencia, blancos como *hueso de bagual*.

Es el miedo pueril á esos elementos insignifi-

cantes, cuya existencia sibaritaria y mónta bien conocidas de la escuela de la hipocresía, pasa por talento y virtud, lo que viene privando aún hoy á los partidos tradicionales de algunos de sus mejores y viejos patricios y hombres de dirección y de gobierno, y así anda el pandero, y así anda la pobre patria en manos de semejantes tribunos y de quien les da el salario.

Pero nos anticipamos demasiado á las conclusiones quese palpan, apreciando el presente. Volvamos á la historia, que el «republicano histórico» quiere hacer servir á su inconsistente tesis.

Salvo el extranjero, esto es, el que no tiene sangre uruguaya en sus venas, ha osado pretender mancillar la memoria inmarcesible de Artigas, y los orientales todos veneran á Lavalleja como uno de los primeros héroes de nuestra independencia.

Las glorias de Rivera son para todo espíritu justo, superiores á sus faltas, como los laureles de Oribe por más que fueran honrosos hasta para la patria, no bastan á encubrir y borrar sus crímenes.

La epopeya de la Defensa hace erizar el pelo de entusiasmo y emulación á todo hombre de corazón noble y valiente, y sólo el despecho y la envidia podría olvidarla entre las glorias nacionales.

Al gobierno de Pereira debe el país las me-

jores páginas de su historia administrativa, pero su gestión política fué delictuosa y el ser, el primer magistrado, colorado, no le impidió cometer la criminal torpeza de querer concluir con la guerra civil en el Uruguay ejecutando al héroe de Caseros, al compañero de Lavalleja y á una pléyade de oficiales de mérito, cuyas vidas eran preciosas y cuya pérdida fué llorada hondamente, pero sin que los deudos, amigos y correligionarios de las víctimas se lanzaran el 63 á vengarlas con igual saña de exterminio.

El gobierno del 65 á nadie persiguió; el del general Batlle fué humano y civil hasta la debilidad quizás, con sus correligionarios y con los enemigos tradicionales alzados en armas, y á quienes el del 72 apaciguó, dándoles la participación en la gestión pública á que podrían aspirar, participación que fué fielmente respetada por el gobierno civilista del doctor Ellauri.

Durante todo ese largo período de gobiernos verdaderamente colorados, por principio, por deber, por sistema y conveniencia bien entendidas, fueron respetados los blancos en sus vidas, bienes y derechos tanto civiles como políticos, y la administración pública fué llenándose de empleados blancos y los grados militares reconociéndose y distribuyéndose indistintamente entre colorados y blancos, al extremo de que hoy, lo creemos sinceramente y el hecho no nos duele ni nos alarma, un censo administrativo-

partidista daría sin duda una mayoría de blancos favorecidos con empleos y grados.

Viene la época luctuosa de Latorre, colorado, pero á quien es innegable rodearon y ayudaron más los elementos intelectuales del partido blanco con el que formó Ministerio y Cámaras, que los hombres del Partido Colorado. Pero dejemos eso de lado y digamos que el gobierno de Latorre no fué gobierno de partido, pues ese tirano persiguió con igual ferocidad á los blancos y colorados so pretexto de moralizar el país, y á blancos y colorados los tuvo igualmente privados de las garantías naturales, de los derechos civiles y en absoluto de los derechos políticos.

El gobierno de Santos respetó más esos derechos, trató sin disputa de hacer posible la vida civil con garantías, la vida institucional tuvo formas, porque aspiró á ser gobierno de partido, y los colorados, si no los mejores, muchos capaces de hacer algo, lo rodearon y trabajaron con empeño por mejorar la situación política, tanto del propio partido colorado de que aquél quería ser omnímodo Jefe, como de los otros partidos.

Otro tanto sucedió con Tajes, cuyo gobierno fué más tolerante, más humano, más político, porque perdió el carácter personal de los dos gobiernos anteriores; y Tajes gobernó para el país, para todos en nombre y en lo fundamental

con los hombres superiores del Partido Colorado. Con ser Tajes tan colorado como Santos, comprendió mejor que éste la misión de gobernante y la naturaleza y función de los partidos en las agrupaciones políticas.

Si el gobierno del general Tajes, y la actitud del Partido Colorado no fué perfecta políticamente, es porque nada lo hay tampoco con ese carácter en este mundo. A nadie destituyó ó persiguió por ser blanco ó constitucionalista, y éstos estuvieron como los otros, más preocupados de los problemas materiales que los políticos. Tampoco se habían preocupado de hacer cuestión de Estado porque fueran 30 blancos, 6 constitucionalistas y 52 colorados á los michinales de los altos del Cabildo.

Es que entonces, el más infeliz de los habitantes de estas tierras, fuera blanco, colorado ó constitucionalista, podía darse dos baños de inmersión al día en el Pactolo del Banco, Bolsa, etc., y el que menos obtenía algunas aspersiones parciales, logrando el bienestar material que naturalmente tiene que ser primero que el bienestar político.

« Primo viveré, deinde philosophare ».

Al general Tajes sucedió el doctor Herrera y Obes, que subió al gobierno con el aplauso de todos y para tener que consagrarse y gastarse en la obra titánica de contener la crisis financiera y económica que azotó al país y que nadie

quiso prever ni remediar á tiempo, porque fué causa de la locura y engaño de todos. A la obra del *salvataje*, llamó Herrera á los hombres de todos los partidos, y entre ellos á los más conspicuos constitucionalistas, y todos, á pesar de su grande ingenio, escollaron en la empresa, porque hasta los agentes naturales se habían conjurado contra el país.

Como dicen del diablo, que cuando no tiene que hacer se entretiene en espantarse las moscas con la cola, así el doctor Herrera, abrumado y anonadado por la impotencia de dar pan y holgura á su pueblo, volvió los ojos á la política, de la que nadie se había acordado en las épocas de abundancia, y aquel travieso gobernante quiso entretenérse con la *invención*, vieja y gastada por lo mal aplicada, de la *influencia directriz* del poder central en la constitución del Poder Legislativo. Y ahí fué troya otra vez para el país y para el constitucionalismo, que puso el grito en el cielo contra Herrera y su gobierno, el que concluyó en el más completo desprecio por efecto de sus propios defectos y de los que le imputaba y exageraba el constitucionalismo.

En la lucha para la elección presidencial del 94, el constitucionalismo levantó sus candidatos, en primer grado al general Tajes y á don Tomás Gomensoro y al general Pérez en segundos planos, bien que fueron estos dos últimos los únicos por quienes llegó á votar la

minoría. Triunfó al fin la candidatura de los amigos del doctor Herrera, quienes votaron primero al doctor Ellauri, el que renunció, saliendo electo después y casi por sorpresa don Juan Idiarte Borda, con quien se conformaron todos, electores y país, ya fatigados y extenuados de una *marantha presidencial*, más que lucha, nunca vista, y con la esperanza de que la Providencia inspiraría y guiaría al elegido.

El gobierno de Borda fué regular durante los primeros años, porque el país empezaba naturalmente á reponerse de los estragos de la crisis y plagas que le siguieron; pero el haber querido Borda imitar al doctor Herrera, quien entendió que la *influencia directriz* tenía por objeto constituir la Asamblea para asegurarse un sucesor aparcero, y algunas faltas graves en la cuestión de los dineros públicos, concluyeron por descontentar profundamente al país y á los partidos, descontento que entusiasmó á los nacionalistas para lanzarse á la guerra civil, á cuyos éxitos coadyuvaba el constitucionalismo con su propaganda, ya que no le era dado disponer de otros elementos más contundentes.

La revolución de Saravia y Lamas, que nació muerta militarmente, al frente del partido blanco-nacionalista, no fué autorizada ni se justificará juzgándola sin pasión, porque Borda no había Hollado los derechos individuales, suprimiendo las garantías de los civiles, ni

menoscabado todos los políticos; porque la fracción disidente del partido blanco no había tentado tampoco el medio legal de hacer valer sus derechos en los comicios; y prefirió una abstención sistemática y la revolución, juzgando propicio sin duda, para un triunfo por sorpresu, el momento político. Las sanciones naturales habrían obrado más eficazmente sobre los vicios y defectos de esa administración, cuyo fin doblemente trágico está aún pendiente. Borda pasó al otro mundo creyendo dejarnos en un paraíso, pero después de más de un año que una mano aleve le quitó la vida, todavía hay olor á pólvora en las calles de Montevideo, todavía no se oye un ruido sin asomarse á ver quién nos gobierna, si Cuestas, Casimiro, Blanco, Domínguez, Bauzá, Batlle ó cualquiera que conspire y tenga elementos.

Por lo menos, *Byzantinus* tendrá que reconocer que el gobierno de Borda no persiguió al partido contrario, no ejecutó actos ni dictó medidas coercitivas que incendiaran odios y rencores que enceguecieran á los hombres, poniéndolos en el disparadero de no ver más solución que la de la guerra civil.

Y esa guerra justa ó injusta, fué conducida de una y otra parte de una manera regular, pues se cuenta que hasta Ciriaco Sosa y Martirena estuvieron al frente de hospitales de campaña y se condujeron como experimentadas y cariñosas samaritanas.

Todo, pues, lo que *Byzantinus* cuelga á los partidos tradicionales, es inexacto, es incompleto, porque calla que la prensa, factor importante en nuestras luchas y desgracias, ha estado casi exclusivamente en manos «constitucionistas» desde el 75 al 98, que el «Constitucionalismo» cuando no ha estado preparando la guerra civil, se hallaba en ella ó tenía participación en la administración política del país.

Eso de idolatría partidista, es si se quiere historia antigua, pero que pudiera ser modernísima si el «Constitucionalismo», en vez de ponerse de parte de la razón, del derecho, de los bien entendidos intereses del país y de sus partidos, sigue aplaudiendo las barbaridades de Cuestas.

Nadie se va á hacer matar, ni matará porque á un insensato se le ocurriera gritar ¡Viva Rivera! ¡Muera Oribe! Los dos pasaron á la eternidad hace casi ó más de medio siglo; sería absolutamente imposible que hubieran llegado hasta nuestros días, y resucitarán sólo para el recuerdo y la historia.

Nadie puede ofenderse, ningún derecho se lesiona, ningún mal puede temer el país con que al despedirme, *por hoy*, de *Byzantinus*, exclame:

¡Dios salve al Uruguay!

¡Viva el Partido Colorado!

¡Honor al Partido Blanco si nos vence en la

lucha leal y en el campo en que deben batirse los partidos en las situaciones normales, las urnas, y realiza el bien de la patria!

¡Líbrenos Dios del «Constitucionalismo», que fué siempre la expresión del despecho, de la impaciencia, del visionarismo romántico, de la especulación hipócrita, del fariseísmo, en fin, del cuestismo que es su engendro y monstruosa obra.

14 de Noviembre de 1898.

“Byzantinus” y la mistificación y la mentira

Hemos demostrado que es una nimiedad espantarse y espeluznarse porque haya todavía quien se llame blanco ó colorado, y que es una puerilidad dañina perder el tiempo en pretender hacer creer al país y al extranjero que todos los males pasados, presentes y futuros del Uruguay se deben á la existencia de partidos tradicionales, compuestos de caníbales antropófagos y no de hombres civilizados que pueden querer darse el gusto de decir: esto es bien hecho políticamente, *et tient de famille*.

Byzantinus tiene que convencerse, abriendo los ojos á la evidencia, que la causa del verdadero mal que ha afligido y aflige al país, está en la facilidad con que se ha sustituido la voluntad

personal de un caudillo, de un aventurero político, de un mandón arbitrario, ó de un loco, á la voluntad y á la acción fecunda, eficaz y provechosa de los partidos, y que éstos, por falta de organización conveniente, por dejarse arrastrar á la anarquía y caer en el cisma y desmembraciones imprudentes, como la que produjo el constitucionalismo, no pueden llenar la misión que á ellos solos corresponde de regir sus destinos y consiguientemente los del país.

Atribuir á los partidos lo que no es obra de ellos, es una falsedad, es mistificar, es, por lo menos, padecer un paralogismo que confunde la causa por el efecto.

Nosotros creemos firmemente y estamos de ello convencidos hasta por el examen práctico y personal que hemos podido hacer de lo que ocurre en los países mejor gobernados, que la bondad de su régimen político, la normalidad y estabilidad con que funciona el mecanismo institucional, está en razón geométrica directa de la existencia de partidos tradicionales; y sin embargo aquí se pretende demostrar que es mejor ser hijo de nadie, no tener progenitores malos ni buenos á quienes venerar é imitar ó á quienes sacar del purgatorio ó del infierno haciendo en su nombre obras buenas.

En vez de estudiar la naturaleza humana, el sistema natural de las agrupaciones, de las sociedades civiles y políticas y su funcionamiento

más adecuado á las conveniencias generales y á la mayor estabilidad y armonía, se detienen en los hechos aislados, en los fenómenos y casos de excepción que al fin sólo sirven para confirmar la regla, para echarse á fundar invenciones artificiosas que no pueden subsistir teóricamente siquiera, cuanto más servir en la práctica para mejorar el estado anómalo en que se encuentra el país y á que lo han llevado las declamaciones inconsistentes cuando no péridas y ponzoñosas.

Siempre, y ahora más que nunca, la acción aislada y exclusivista de los menos, tiene que perderse en la esterilidad; y son las masas, las muchedumbres, los partidos, en fin, los que obran y evolucionan y á quienes los pensadores y políticos verdaderamente prácticos deben mostrar el mejor camino para llegar al objeto propuesto, que no es otro que la felicidad y bienestar del mayor número.

El Gobierno, las formas de gobierno, ni la autoridad, son fines sino simples medios para llegar á obtener fines, y por eso se ve que hay monarquías donde la vida pública, las garantías de los derechos civiles y políticos son más reales, verdaderas y efectivas que en ciertas Repúblicas, incluyendo la nuestra en primera línea, y porque en ninguna se ha abusado como en ésta, por los hombres superiores para quitar á los partidos prestigio, cohesión, constancia y energía.

De todos modos, no es cierto que los partidos tradicionales sean entre nosotros lo que dice *Byzantinus* que son, idolatrías necesarias y fatalmente condenadas á no poder hacer bien alguno; el tradicionalismo es inocente, y pretender sustituirlo por otro partido más sectario, más intolerante aún que aquéllos; por una casta brahamina, sino por lo antigua, por lo pretensiosa y exclusivista, es querer introducir en nuestro ya bastante descangallado mecanismo político una polea loca, un juanete que hará que, como hasta ahora, sea pesada, lenta y dolorosa la marcha del país hacia adelante.

Somos muchos niños para el trompo que es chico, de poca púa y sin cabeza y la *cháguara* es corta y mala para hacerlo bailar medianamente bien. *Byzantinus* no ve que el Uruguay, sin haber llegado siquiera á tener una población de un millón de habitantes, es ya país de emigración, y los robustos brazos de sus hijos se van á fecundar el suelo extraño, pero más hospitalario que el nuestro, de la Argentina y el Brasil.

Por consiguiente, en lo que habría que pensar seriamente es, no en la destrucción de los partidos tradicionales y en arrojarles piedras y obstáculos en el camino para acrecentar la confusión y el desorden, sino llevarlos al convenimiento de que es necesario preocuparse sin descanso de fundar una nacionalidad capaz de

alimentar á sus propios hijos, sobrándole, como le sobra á este país, extensión territorial y elementos naturales de riqueza, para alimentar y hacer vivir en la holgura á muchos millones.

Verdad es que *Byzantinus* podría decírnos y nos dice en efecto: «Para llegar al bienestar común, para que la madre patria no se vea obligada á repudiar á sus propios hijos por falta de trabajo y de sus bendecidos frutos, tened concordia, amaos fraternalmente».

Esto es tan cierto que es una perogrullada, pero no se ve por qué los partidos tradicionales no puedan existir y ser fraternales y tener concordia, que es la cuestión. No se demuestra por la argumentación especulativa ni con los hechos y experiencia, que los blancos y colorados no quieran hoy otra cosa que su reciproca exclusión y exterminio y que necesariamente tengamos que enrolarnos en el partido de *Byzantinus*, para no devorarnos unos á otros, para que en el Uruguay desaparezcan las diferencias todas, hasta de opinión, y reine entre nosotros sólo la paz perpetua que Kant quería para la humanidad entera, la que en todo caso nos imitará después si quiere, y cuya paz perpetua con tanta filosofía práctica é ingenio simbolizó un vecino publicano del filósofo alemán, con la gráfica pintura de una calavera entre dos cañillas.

¿Y por acaso el constitucionalismo que se

arroga hasta el derecho exclusivo de ser el único partido verdadero, lo único bueno que existe bajo nuestro sol, es en verdad mejor que los partidos tradicionales, y la propaganda de su prensa ha sido alguna vez fraternal y considerada para nadie que no perteneciera á su estrecho círculo?

El constitucionalismo es el que no ha tenido paz con nadie, el que jamás ha querido abrir sus raquílicos brazos á nadie; sino vencer, humillar á todos, imponerse á todos con sin igual soberbia, y las prácticas de sus pocos afiliados, dentro ó fuera de las funciones públicas, no han sido mejores ni más recomendables que la de los hombres superiores para el gobierno y administración con que cuentan los partidos tradicionales y especialmente el Partido Colorado que es, sin duda, el partido más numeroso del país.

Repetimos, el país languidece y se aniquila en la anarquía; no la aumentemos ingertándole un abrojo como el constitucionalismo, que si bien no es un partido popular y según el mismo *Byzantinus* es impotente para influir decisivamente en la solución de problema alguno, ha sido y es todavía *Señor de Horca y Prensa*, y en ella ha expuesto y expone, cuelga y destripa á quien le parece, sin miramientos para nadie ni para el país.

El constitucionalismo sería también un in-

gerto de abrojo porque se ha embarrado hasta las orejas, al salir de su papel ingrato de demoledor sempiterno y enrolarse con Cuestas en la tripulación que dirige hoy la nave azotada, descarenada y desmantelada del país.

No puede ofrecerse como mediador entre los partidos tradicionales, porque el constitucionalismo es hoy, y diga lo que quiera *Byzantinus*, un partido hipócrita, de cuyos miembros podría decirse lo que Jesús de los fariseos: «Guías ciegas, que coláis el mosquito, mas tragáis el camello».

Todo aquel vocabulario de conculcadores de las leyes, malversadores, turiferarios, parásitos incondicionales, marcianos, acridios, gatos, marsupiales, coimeros, playistas, candomberos, colectivistas, y cuanto calificativo deprimente tiene el diccionario de la lengua y del *argot* del compadre con que los diarios constitucionalistas adobaban sus elucubraciones y desahogaban sus rabias, y que sus aparceros los pilluelos repetían para recoger vintenes, atronando los aires y atormentando los oídos de los habitantes de este pobre pueblo durante veinticinco años; todo es nada comparado con lo que con justicia podría decirse del constitucionalismo del presente, que comulga y oficia con Cuestas; ¡y es á ese partido al que *Byzantinus* nos llama á congregarnos para salvar al país!

Toda la soberbia energía del constitucional-

lismo se ha doblegado, roto y quebrado ante un gobernante que, después de haberse erigido en gobierno de hecho y de hechos arbitrarios y atentatorios, dice: Me votáis ú os boto. Propala que soy administrador honrado de los dineros públicos para poder disponer de ellos á mi antojo, siendo el primero de éstos, por ahora, el ser elegido Presidente constitucional de la República. Seguid en esa propaganda á *La Nación*, porque yo también la subvenciono, como lo hacían Letorre y Santos y para los mismos fines. Si aumento el presupuesto hasta lo imposible y tengo al país en pie de guerra, no olvidéis que soy un gobernante de hecho, y quiero ser á todo trance Presidente con visos de legalidad y lo seré aunque conculque todos los derechos y no deje á los que se me oponen con justicia otro camino que la guerra civil. Aplaudid el empleo que hago de los dineros públicos para tales fines. No tengáis miedo de las sanciones positivas porque las cárceles están abiertas para la oposición, y cohecho y soborno á todos los empleados de la nación con la sola amenaza de quitarles sus empleos, no con decretos invocando razones de mejor servicio ó cualquier pretexto noble, sino arrojando la calumnia y la sospecha sobre la indefensa víctima. ¡Prensa asalariada, haced el resto! — Reparto grados y doy sueldo íntegro á todo el que pueda ser mi partidario útil; los presupuestos se atrasan en seguida de

haber defraudado al empleado y á los tenedores de certificados, defraudación que ha sido una playita para mis paniaguados ; la Aduana no produce. Gritad desaforadamente como lo hacíais antes y con la misma conciencia, porque os conozco : *¡Viva el honrado Cuestas ! ¡Abajo el colectivismo ! que es para nosotros el réprobo y á quien hay que colgar todo el desbarajuste que estamos haciendo para satisfacer nuestras ambiciones.* »

¡Y son estos los momentos que elige *Byzantinus* para mostrarle al país el fantasma de la guerra civil y llamarnos al constitucionalismo, partido de concordia, de fraternidad y de principios !

Y si la guerra estallara, ¿podría culparse de ello á los partidos tradicionales ó sólo al Partido Colorado, de que el constitucionalismo al entregarse á Cuestas y su sistema, haya hecho al buen sentido, á la razón, á la moral política y á los bien entendidos intereses del país, la injuria más torpe que se ha conocido desde que el Uruguay es independiente ?

¿Puede darse una pretensión más absurda que la de querer que el país y el Partido Colorado se sometan y resignen á tener contra su voluntad á Cuestas en la Presidencia constitucional de la República ?

¿No ve *Byzantinus* que son casi exclusivamente sus amigos los que llevan ineludible-

mente el país á la guerra civil, á la anarquía más espantosa, porque por la obcecación de odios malsanos se antepone Cuestas al país que clama por paz, por orden, porque lo gobierne la virtud y el talento y no la mistificación y la mentira erigida en sistema de gobierno ?

Se nos llama partido idólatra, y para el constitucionalismo, toda la bienaventuranza se encierra en Cuestas, que es un hombre, y aunque tuviera alguna cualidad, que no lo creemos, es un criminal político, es un reo de alta traición porque ha subvertido todo por y para ser él Presidente.

Es el constitucionalismo el que se suicida colocándose como siempre en los extremos violentos: *Cuestas ó lléveselo todo el diablo*; que para nosotros como para el sentido común y el verdadero patriotismo son cosas semejantes. Y por eso no queremos que queden como premisas de verdad y prédicas verdaderamente saludables las elucubraciones de *Byzantinus*.

En vez de emprenderla *Byzantinus* contra los partidos tradicionales, que á lo menos el coloardo está hoy proscrito y perseguido, llame al orden á sus correligionarios descarriados, exhórteles á ser, no ya justos, sino á no ser torpes, á no dejarse llevar de la pasión que los mete en un callejón sin salida; y muéstrelas que el buen sentido y la cordura los condena hoy enérgicamente, y que tarde ó temprano,

cuando ya las cosas no tengan remedio, el que hubiere estado de buena fe y fuere repudiado, va á llorar de veras y no como el cocodrilo, al sentirse objeto de los justos anatemas que se están cerniendo sobre su cabeza.

Es el constitucionalismo el que saldrá destruido de la lucha y no el Partido Colorado, que sufre y luchará por la libertad para todos y para que la administración sea regida por la gente de educación y condiciones y no por la ambición personal, la venganza y el guaranaje.

Hasta la vista, *Byzantinus*.

Montevideo, 16 de Noviembre de 1898.

Palinodia ó cacareo

Dicen que la excelencia de la prensa inglesa tiene por causas, primero, el absoluto anónimo, y segundo la perfecta responsabilidad que allí es posible obtener siempre por cualquier abuso que se cometía por su medio.

En ese país privilegiado, el pueblo quiere que se le diga, en cuanto á los hechos, la verdad verdadera, desnuda y descarnada, y ¡guay! del que falte á ella, porque no necesita del tutelaje de los llamados apóstoles de la prensa para formar por raciocinio y conciencia propia un juicio acertado de las cosas y de los hombres.

Allí no hay tampoco « repúblicos históricos » que pretendan ejercer la influencia de su real ó supuesta autoridad sobre las masas y sustituirse con buenos ni malos fines á su criterio ; que pretendan dirigirlas con elucubraciones que no por ser bien intencionadas tienen más mérito, juzgándolas con demasiada bondad, que el de las tiradas literarias verdaderamente bizantinas, por lo poco prácticas, sofísticas y oportunas.

El país pide hechos, pide obras positivas y buenas, y como se le da lo contrario, como siempre se le quiere entretenér con artículos de diario de la autoridad tal, del principista cual, del doctor Mengano ó del periodista Zutano.

Ya no es la lucha del espíritu, de la inteligencia y de la argumentación lo que puede arrojar la luz sobre una cuestión política ó de interés general, es el nombre de los contrincantes lo que hace al caso entre nosotros y para el partido de la *élite*.

En Inglaterra, como en Estados Unidos, la prensa no es personal ni es la que juzga á los hombres y á los funcionarios públicos; son los tribunales augustos, que se ha tenido buen cuidado de poner por encima de todos, porque no son los gobiernos, sino la Administración de Justicia la base de toda asociación civil y política, y ella, la salvaguardia del honor, de la vida y bienes del hombre y también de la marcha legal de los partidos.

En cambio, entre nosotros, es la prensa y la prensa llamada de principios, la que ha usurpado esa función madre de la autoridad y la que ha colgado en la picota pública del editorial y hasta de la gacetilla, á cuanto ser humano haya querido disentir en opiniones con los apóstoles de la prensa, y se haya atrevido á manifestar su disentimiento valiéndose de otro ariete de escándalo, que es lo que en verdad ha resultado ser siempre nuestra prensa.

Hecha esta pequeña digresión, volvamos al constitucionalismo de que nos habló *Byzantinus* y del que nos habla *La Razón* de ayer, que es uno de sus órganos más genuinos.

A la autoridad de *Byzantinus*, que según ese diario, es el doctor Aramburú, oponemos la argumentación sólida, intergversible, lógica y fundada en los hechos de *Veritas* en *La Vanguardia*, que ha demostrado á la evidencia que el constitucionalismo no tiene razón de ser, que no es un partido capaz de sustituir con ventaja á los tradicionales y que no puede sustituirlos, porque en todo caso, se ha hecho ya, y no una, sino muchas veces, reo de los mismos vicios que imputa á los partidos tradicionales, de idolatría, de intransigencia, personalismo y exclusivismo, despertando por consiguiente y con justicia, el mismo cúmulo de odios y rencores que ya ni existen ni se ven entre los afiliados en los partidos tradicionales.

El constitucionalismo no es hoy una agrupación de ciudadanos abnegados y desinteresados, que cual redentores prediquen y practiquen una sana moral política en aras de la paz y de la concordia, sino que por el contrario, forma con su prensa toda y con dos terceras partes de sus afiliados, si no todos, que ha conseguido meter en los puestos públicos y en los michinales de los altos del Cabildo, la oligarquía personal que estruja y aniquila al país entre sus garras y que se ha lanzado á la obra de persecución y exterminio del Partido Colorado, á traición y con alevosía, porque de las veinte ó treinta personalidades que constituyen aquella agrupación, diez y ocho ó veintiocho son blancos, y blancos recalcitrantes.

Se falsean los hechos y la historia.

Se falsean los hechos y la historia al invocar lo que pasa con los partidos en Inglaterra, Estados Unidos y la Argentina para paliar la palinodia que canta *La Razón* al ocuparse de *Byzantinus* y de los partidos tradicionales, después de haber, sin duda alguna, leído al *Veritas* de *La Vanguardia*, pero conviniéndole hacer aparecer que sus cacareos son *espontáneos*.

Es completamente inexacto que en aquellas democracias veteranas, «los partidos se turnen «en el gobierno *espontáneamente*, pasándolo el «uno al otro, según reclamen las conveniencias «nacionales».

El partido demócrata en los Estados Unidos después de la guerra de secesión, estuvo absolutamente excluido del Poder, desde Lincoln hasta la elección del *Grovernor* Cleveland y al perderlo con la elección del republicano General Harrison, á quien conocimos personalmente, como á su antecesor, se removió de su puesto hasta el más infeliz portero. Los demócratas recuperaron otra vez el Poder con el mismo Cleveland, para perderlo con la elección del actual Presidente Mackinley, y como antes, los republicanos lo ejercen exclusivamente, pues en Estados Unidos, como en ninguna parte, se entiende que el partido debe subir *en masa* y ocupar hasta el último resorte de la administración pública.

En ese país nadie se ofende, y por más que lo sienta, por haber sido vencido en la lucha de partido que no ha sido ni es, ni tanto ni más moral de lo que han sido entre nosotros los zarandeados procesos electorales.

La Razón ni *Byzantinus* conocen ni saben de la misa la media lo que pasa en Estados Unidos en materia de sufragio popular, y sin embargo, nadie puede negar que es aquél uno de los primeros países del mundo moderno.

En Inglaterra las cosas pasan de otro modo.

Allí existe el sufragio popular y las leyes sobre corrupción del voto, que se cumplen inexorablemente, pueden permitir al Parlamen-

to inglés, llamarse en ese sentido y en cuanto á su composición y facultades, el primer parlamento del mundo, porque es el que gobierna al país, porque ante todo representa á los dos grandes y únicos partidos tradicionales que allí han existido, el liberal y conservador, los viejos torys y los denodados whigs.

Al cambiarse el gobierno de Inglaterra, se cambian sólo y exclusivamente los funcionarios del orden político, pero jamás se ha dado el ejemplo de que los partidos espontáneamente se hayan entregado el gobierno recíprocamente; y por el contrario, para no verse compelidos á dejarlos sin falsear el régimen constitucional, que es allí verdad y carne y no simple estereotípia y mentira como entre nosotros, algunas veces se comprometen á realizar parte del programa del partido opuesto y para ganarle algunos votos que les asegure el éxito en los comicios.

¿Sabe lo que dice el constitucionalismo cuando habla del régimen y partidos de Inglaterra, y ha pretendido jamás con sinceridad que nos acerquemos á sus prácticas?

No. Lo que el constitucionalismo ha querido y quiere, es dirigirlo todo exclusivamente, pretendiendo hacer creer que fuera de sus absolutas, no hay nada, más que eso todavía, que fuera de sus hombres, que son la soberbia y el ensimismamiento en persona, el país no tiene quien lo dirija y lleve á su destino.

En la Argentina, es cierto que han desaparecido los partidos tradicionales; pero ¿por qué?

Simplemente porque á raíz de la caída del tirano Rosas, desaparecieron en absoluto los rosistas y no quedó ni siquiera para muestra quien quisiera llamarse federal y cargar con las atrocidades de Rosas. Al perder este tirano su poder, perdió con razón también, hasta los parentes y amigos cuanto más los partidarios de su nefando sistema.

Mientras tanto, en nuestro país, donde el partido colorado tuvo la magnanimidad de concluir la guerra, declarando que no había vencidos ni vencedores, Oribe siguió teniendo partidarios, sino personales, de su sistema, que fué lo peor, porque era el sistema de Rosas y el que hizo levantar el brazo de Caín en Pereira y Latorre.

El partido colorado no debía, ni podía, pues, abandonar sus gloriosas tradiciones, lo que hasta ayer no más era su legítimo derecho de defensa, y si bien éste ya no es necesario, no es justo ni humano que reniegue de aquéllas, porque á los directores de *La Razón* y de *El Siglo* se les ocurra, y porque siendo blancos recalcitrantes disfrazados de constitucionalistas quieran darse el gusto de aparecer, al fin, como triunfadores.

El constitucionalismo es hoy un partido de pusilánimes ó de hipócritas, mil veces peores

que los nacionalistas, porque se han entregado desenfrenadamente al fariseísmo político y aparentan virtudes que no tienen.

Cuestas es su engendro diabólico, y como se han apercibido de que Cuestas lleva al país á la ruina y á la anarquía, pretenden colgarle al partido colorado, que es su víctima, el sambenito de ser el causante de la verdadera guerra civil en que nos hallamos desde el 10 de Febrero próximo pasado y á la que sólo le falta la sangre para que concluya de una vez.

Terminamos por hoy con *La Razón* para seguir mañana concretándonos más á sus caceríos y palinodias que entona con mansedumbre tan cínica como hipócrita.

Montevideo, Noviembre 17 de 1898.

Los Cagatintas⁽¹⁾ y las Satrapías Blancas

Los apóstoles del constitucionalismo, han reconocido *espontáneamente* que habiendo evolucionado los partidos tradicionales por las causas que nosotros indicamos en nuestro primer artículo, ellos también evolucionan «y ya no mantienen su programa ambicioso del manifiesto del 80».

(1) El término, aunque demasiado realista es perfectamente castizo y su aplicación á un caso y situación semejante fué ocurrencia de Domingo F. Sarmiento, que nosotros plagiamos.

Declaran paladinamente, eso sí, como gente selecta que se titulan á sí mismos y para que no se olvide de la autoridad que quieren tener sobre el criterio ajeno, «*no poder tener* la pre-
«tensión de que el constitucionalismo por si
«solo haya hecho desaparecer los odios de blan-
«cos y colorados, las formas violentas de las
«luchas antiguas y atraído á esos partidos á la
«acción común y pacífica.»

Esa palinodia, ese cacareo, es impagable porque el constitucionalismo se queda como el grajo de la fábula, pelado de los méritos y misión que se atribuía y que son obra del Artífice Supremo y Gran Arquitecto del Universo á quien aquél ha osado suplantar en sus raptos de insólita soberbia.

Pero hay más, el constitucionalismo reconoce que en su tendencia de operar la disolución de los antiguos partidos y absorberlos «*ha fracasado*» y que no sólo tiene que respetar sino que contar con el hecho prevalente de la inevitable existencia de los partidos tradicionales á los que llamaba no ha mucho idolatrías abominables.

A la fuerza ahorcan, y así á la fuerza es que el constitucionalismo pecaminoso del presente, se amansa y nos ofrece más que respeto, contar con que los partidos, que «han resistido á los más serios embates», son el único factor potente, la única fuerza activa y viril que puede llevar al país al cumplimiento de sus destinos.

Ahora tenemos ya al constitucionalismo confesando implícitamente que su obra no ha sido más que la de cagatintas, y no son pocos los que pululan en sus imprentas, pero con ínfulas de saberlo todo, de querer resolver las cuestiones de Estado más serias, y con absolutas y pardojas, llevaban su osadía á querer *bogcotear* á los gobiernos y á los que no quisieron comulgar en la pretendida nueva fe.

Hemos demostrado que si el constitucionalismo iluso ó intransigente del pasado y corrupto del presente no hubiera pretendido terciar de palabra y de hecho en las contiendas pacíficas y armadas de los partidos tradicionales, no se habrían retardado tanto los progresos políticos y materiales del país, del que, fueron ellos, los que quisieron hacer una especialidad, considerando que lo que aquí pasaba eran «singularidades de nuestra democracia» que requerían, por consiguiente, expedientes y artificios singulares.

El constitucionalismo si bien quiso hacerse partido en el 80 con su programa de Mayo, tiene su origen en el grande error, bien que fuera noble, que padeció el malogrado Carlos María Ramírez, cuando estando el país en plena lucha, publicó su exaltado folleto *La guerra civil y los partidos* y fundó *La Bandera Radical* para combatirlos.

Pues bien : creemos que esa actitud de poeta,

no de hombre de Estado, consiguió hacernos cobrar á todos verdadero horror por la guerra civil; pero llevó también á sacrificar demasiado de nuestro régimen institucional en aras de la materialidad de la paz, paz que habría podido conseguirse de otra manera y que habría sido más duradera y proficia.

La paz sin honor, sin sanción, es agonía, es tortura, es remordimiento, es intranquilidad, y la paz lesionando el principio de autoridad de muerte, quebrando la unidad del gobierno, hace que las agitaciones políticas vivan como el menaje divorciado de hecho y que ocupa la misma casa, en cuyo hogar común sólo hacen vida de familia los sirvientes, que son los que al fin y al cabo medran con las disensiones de los jefes.

La paz de Abril del 72, sobre la base de conceder al partido en armas é impotente para vencer, *cuatro satrapias*, y la de Septiembre del 97, que las elevó á seis como condición *sine qua non* para el sometimiento del mismo partido alzado otra vez en armas y otra vez impotente para vencer, representa el triunfo de las aspiraciones, propaganda y actitudes del constitucionalismo.

Y ese medio para pacificar, es sin disputa la invención más infeliz que pudiera ocurrirse á estadista alguno, porque ha servido para mantener al país en pie de guerra y retardar la constitución definitiva de nuestra nacionalidad ante el criterio sensato del exterior.

Cuando se anunció en Europa la conclusión de la guerra civil por la paz de Septiembre, causó la más profunda risa y ludibrio en toda la prensa y círculos políticos la división del Uruguay en satrapías. Fuera de aquí nadie comprende, y con razón, qué clase de país es este, qué instituciones tenemos y cómo es posible que podamos llegar á vivir en paz y ocuparnos de los intereses permanentes de la comunidad, existiendo sólo la autoridad para contentar á los partidos, que se entenderían como se entienden en todas partes, si se les dejara solos y el constitucionalismo no pretendiera llevarlos al paraíso con sus panaceas y remedios de comadres.

Y no se diga que esa división la hace necesaria la intransigencia y exclusivismo que realmente existe entre los partidos tradicionales. Es precisamente lo contrario; ella tiene que producirse y puede producirse porque los Departamentos en cualquier momento se arman hasta los dientes y se preparan para volver á las andadas sin que el constitucionalismo pueda impedirlo con sus jeremiadas, ni la autoridad que ese partido se ha encargado de desquiciar y desautorizar, tenga acción bastante para mantener el orden.

No es un buen sistema de polémica anticiparse á los argumentos del contrario; pero como nosotros estamos analizando los hechos reales

y sus efectos ya producidos, por el solo amor á la verdad y no por especulación política, vamos á proceder á la inversa.

El constitucionalismo propaga que estamos en la gloria, bate palmas y entona hossanas á la situación presente del país, porque, según él, siquiera en los Departamentos blancos van á tenerse elecciones libres y también ellos se elegirán, *entre ellos*, libremente!

A ese menguado bien, á la supuesta honradez de Cuestas, lo supedita todo el constitucionalismo, á quien poco le importa lo que el Gobierno haga en las satrapías que supone coloradas.

Para el constitucionalismo es paja que el partido colorado perseguido, excluido y proscripto, gima bajo la ambición de Cuestas, su héroe.

No le deja á los partidos tradicionales otro camino que la guerra civil, para reivindicar sus fueros y derechos y quiere que tengamos paz, que haya concordia y fraternidad.

¡Establece el régimen imposible, porque sólo puede ser mantenido por la fuerza de las satrapías y sólo se preocupa de que triunfe la oligarquía que impera en el país y que á despecho de los más grandes intereses, sea electo Presidente constitucional un hombre inepto para el gobierno, que ha tenido la rara habilidad de maltratar á todo el mundo, hasta sus inventores, y no ha mostrado más virtud que la de corrom-

per, asalariando á la prensa y cohechando con el terror del hambre á todos los elementos políticos y mero administrativos que lo circundan y que constituyen su tambaleante andamiaje de gobierno !

Es que el constitucionalismo ha sido como una de esas plantas exóticas que vegetan en los invernáculos, pero que al ser transportadas al aire libre se marchitan y caen podridas, sirviendo entonces apenas para abonar la planta nativa que se desarrolla y crece lozana y vigorosa á favor del sol fecundante y del oxígeno comburente.

Así, cuando el constitucionalismo salió, apenas nacido, de la esfera del idealismo en que lo colocó su progenitor, para hacerse partido militante, aceptando y participando unas veces en la misma guerra civil, otras preconizando abstenciones suicidas ó propinándole al país pasiones de cicuta como la de las satrapías, ó en fin, participando en el gobierno, como con Santos el 86 y con Cuestas el 98, cae marchito y podrido, y plegue al cielo que sus *detritus* puedan todavía servir para abonar los viejos partidos.

Viernes 18 de Noviembre de 1898.

EL CONSTITUCIONALISMO Y EL EMBUDO

El trono de Cuestas

Hemos probado que hasta ahora al constitucionalismo no se le deben más beneficios reales y positivos que la invención de mantener siempre en jaque á los partidos tradicionales, por medio de la división del país en satrapías blancas y coloradas y para darse el gusto de hacer el papel de don Preciso, á quien hay que seguir en todo, porque sus afiliados se titulan directores de la opinión pública y guardadores austeros del Arca Santa que lleva los principios con que se ha de convertir á los hombres á una pretendida nueva fe.

Los constitucionalistas proclamarán todos los principios que quieran en sus pingües empresas periodísticas, pero hasta ahora no han mostrado ser en verdad más que un partido *caserío*, personal hasta la iniquidad y exclusivista hasta la torpeza. Nunca ha podido comprender, ni menos practicar, lo que en las sociedades

modernas significa y vale el altruismo, y se han limitado á defender el derecho y la justicia, sólo cuando convenía á las estrechas miras de los afiliados en su comandita política.

Esta es la convicción íntima, personal de *Veritas*, y fruto no sólo de su experiencia, práctica, política, sino de la observación durante los largos años que ha vivido retirado en el extranjero, estudiando cómo se hace política por las clases superiores y por los partidos, en los países civilizados y en el nuestro, que el constitucionalismo ha querido convertir artificiosamente en una singularidad.

• Vamos al grano ó plato del día.

• ¿Qué representa el constitucionalismo, numéricamente, como agrupación ó partido ?

Nadie lo sabe á ciencia cierta, porque, á pesar de su austeridad republicana, no ha hecho todavía su censo cívico; pero todos aseguran que serán como veinte ó treinta en Montevideo y otro tanto diseminado en el resto del país.

Admitamos que reunido el constitucionalismo para contarse, resulte que sale mejor que la célebre «Junta de Castello Branco», y sean en efecto sus feligreses cien, doscientos ó quinientos.

Ahora bien: el constitucionalismo, después de haberse desgañitado porque sea verdad el sufragio, porque los partidos tengan una justa representación en la Asamblea Legislativa;

después de ver triunfantes *sus ideas* (no diremos de qué manera), pero que le resulta el triunfo un baturrillo de *leyes* para el futuro y que no pueden cumplirse y que se sustituyen por otras *ad hoc*, ¿cómo sale del atolladero en que atolondradamente se ha metido?

¡Muy sencillamente! ¿pues para qué son los constitucionalistas los ungidos del Señor? y pueden realizar hasta milagros como el de la multiplicación de los panes!

El constitucionalismo inventa entonces otro específico con cinco artículos, casi bíblicos como el juramento de los Notables, y la Pentágono le llama «Acuerdo fraternal de los Partidos».

Por ese Acuerdo que discute solemnemente, no con el pueblo ni con los partidos, sino con el Dictador, á quien se sirve con la cláusula 5.^a, y por consiguiente, tiene que encontrarlo muy bien pensado y feliz, se asigna el constitucionalismo **SEIS** bancas en la futura Representación por sus **QUINIENTOS ELECTORES**.

Esas seis bancas del constitucionalismo están en relación proporcional ¿con qué?

¡Con lo ancho de su *mágico embudo*!

¿En qué aritmética política, en qué autor, en qué país, nos van á decir mañana, que se encuentra justificada y sancionada semejante *patufia*?

¡Ah! bendita seas, madre Naturaleza, que

pusiste conciencia en los hombres, porque no habrá artificio, no habrá subterfugio que acalle su grito!

A los redactores de *La Razón* tiene que haberseles subido la sangre al rostro al atreverse á invocar á Stuart Mill y las prácticas, que no conocen, de otros países, para justificar las trapisondas políticas del cuestismo; de querer hacer creer que con sus amasijos vamos á llegar á tener algún día entre nosotros algo así como lo que tiene la Inglaterra, nada menos, en materia de instituciones políticas.

¿Dónde que no sea en este desventurado país, se ha sostenido la blasfemia y herejía de que un pueblo puede ir á su regeneración política, moral y económica, prosternándose de una manera abyecta ante un Dictador que hasta ahora no ha realizado más plan de gobierno que poner los dineros públicos al servicio de su propia candidatura, levantada por una oligarquía en beneficio común y pecuniario de sus elementos?

¿Con qué desinterés, con qué abnegación ha entrado el constitucionalismo al llamado «Acuerdo fraternal de los Partidos?». ¿Dónde está el mentado patriotismo, la inteligencia práctica del *grupo selecto* que quiere hacer la felicidad del país imponiendo un gobernante que la mayoría repudia por mil y una razón de justicia, de moral política y de verdaderas conveniencias é interés bien entendido?

Recorran los constitucionalistas las calles de nuestra ciudad ociosa y sin alicientes de trabajo, interroguen á los que piensan sin pasión, y oirán que vamos á la ruina, porque con una obcecación maldita se quiere anteponer un hombre al país y á sus máspreciados bienes. Verán que no son los que se quieren deprimir con el mote guarango de colectivistas, sino todo el pueblo el que dice: «Cuestas no puede y no debe ser el primer magistrado de un país libre, primero y ante todo si quieren, porque está en el Poder y abusa del poder en su exclusivo beneficio y el de sus paniaguados, y segundo porque sería una mentira bochornosa pretender que en el Uruguay no hay nadie más digno, más apreciado, más apto, en fin, más hombre, con quien sustituir á Cuestas.

El 4 de Julio próximo pasado asistimos á un sacudimiento que mostró lo efímero que es la fuerza como base para sostener un gobierno que no hace gobierno, y ahora estamos asistiendo á la lucha en que los elementos civiles del situacionismo se arrancan á girones el honor y la dignidad cívica, para disputarse el precio que el Dictador les ofrece por su voto para Presidente de la República.

¡Pobre constitucionalismo, que nunca tuvo piedad para nadie, incluso el buen Ministro (1)

(1) Cuestas fué dos veces Ministro de Santos.

de Santos que le hacía marchar derecho con su bota, llevando con mano asalariada la horca en que colgará sus mentidos principios y virtudes y que será el único solio en que podrá sentarse Cuestas !

Noviembre 21 de 1898.

EL CONSTITUCIONALISMO

«CONTENTIS ET GORDIS»

Cuando dijimos en uno de nuestros anteriores artículos que el constitucionalismo era un partido cínico é hipócrita, ya estaban los cajistas de *La Razón* parando el tipo del *leader* de ese diario en que vuelve á ocuparse de la base 5.^a del llamado «Acuerdo fraternal de los Partidos», y en cuyo artículo pretende demostrar con citas de autores y de prácticas de otros países la moralidad y la legalidad del pentálogo constitucionalista.

Con sin igual hipocresía se pone también ese pacto inmoral, ilegal, y á todas luces inconveniente, bajo la protección de la autoridad del malogrado Carlos María Ramírez, cuyos manes se estarán estremeciendo con nuestras desgracias y pedirán reposo siquiera hasta que su cuerpo sea devuelto á la madre naturaleza convertido en polvo.

Si los tratadistas del Derecho público, que se quieren hacer servir de tapadera ; si los flemá-

ticos estadistas de la nebulosa Inglaterra, vinieran á examinar sobre el terreno — como dicen los constitucionalistas — que seguimos sus enseñanzas y ejemplos, estamos seguros que exclamarían en coro: « Sois unos insensatos cretinos ó unos incorregibles malvados », y nos darían la espalda convencidos de que si es cierto que queremos formar una nación digna, hacemos precisamente todo lo contrario de lo que podría conducirnos á ese resultado.

A raíz del 10 de Febrero último y cuando comenzaban los primeros preparativos para volver el país á las vías legales de que había sido violentamente arrancado, y lo cual fué un acto de locura de parte de tirios y troyanos que bien caro ha de costar á todos, *Veritas*, decía á sus conciudadanos de distrito:

«No puede haber política duradera, fecunda y benéfica si no tiene por base la verdad ; y la Patria y el sentido común nos dicen á grito herido, que es mil veces preferible un gobierno de hecho verdadero y justo que la más dorada de las mentiras legales».

Pues bien ; es á eso á lo que habrían aspirado los hombres políticos de Inglaterra y de Estados Unidos, para salir de la revolución de Febrero y en la que el constitucionalismo poco se acordaba de la paz, de la fraternidad y de la concordia.

En vez de afrontar las situaciones con la sin-

ceridad, franqueza y coraje con que la habrían afrontado los políticos del mundo civilizado, que no quieren empotrar á los pueblos dentro de la lógica del byzantinismo que hoy es de hierro y mañana de miedos y terrores, el constitucionalismo ha procedido como el delincuente, que para borrar los trazos de su primera falta, se lanza á una carrera y sucesión interminable de claudicaciones á cual más atroz ó más torpe.

En efecto: los constitucionalistas, instigaron al ambicioso Presidente del Senado para que se hiciera dictador, porque, según ellos, *no había otra mejor salvación para la patria*.

Al día siguiente empiezan á sentirse incómodos, porque les aterraba estar fuera de las formas legales, que significan protección y garantías para todos, y el dictador les salía respondón y arbitrario. Entonces se dicen: «Es necesario salir cuanto antes del régimen de hecho, porque no tenemos control sobre nuestro hombre que se nos va del otro lado, pero á quien debemos soportar porque al fin es honrado (?) y nos equilibrará el presupuesto.»

Sin embargo, resulta que, si el tal Cuestas es honrado, no lo parece, porque con éste también los dineros del pueblo, como los del sacristán, cantando se vienen y cantando se van, y su gobierno honrado (¿!) no nos sale, en plata, más barato que el de los anteriores.

¿Cómo subir ó bajar este *Cuestas arriba!* ó

¡Cuestas abajo! que se empieza á dibujar en el horizonte, y que para los que están en la cima es un abismo y para los que están debajo un infierno?

El que está en el medio, que es el pobre pueblo, ve claro, esto es, ve que será el pato de la boda, pero el constitucionalismo, que también ve sus responsabilidades aunque no las tema, se dice:

« Veamos si tomando á nuestro héroe por su manía presidencial lo dominamos y contentamos á la vez á la pobre víctima. Nada. Al «Acuerdo fraternal de los Partidos» y Cuestas, irremisible, ineludible, archiasequiablemente será Presidente de la República ó que arda Troya, pues de esto no será nuestra la culpa y haremos como siempre creer al pagano de la fiesta, que el país se habría seguramente salvado con el específico y que todos habríamos, una vez hechas las elecciones, entre hermanos, vivido *contentis et gordis* si no hubieran sido los pícaros colectivistas que todo lo hechan á perder, menos á nosotros, sea dicho en verdad y de paso, porque nosotros sí somos siempre los solos que quedamos *contentis et gordis*. »

Todos ven ya claro que el Acuerdo *fratricida* de los partidos nos lleva á la ruina de la guerra civil y que es causa ya de que hasta entre los mismos actores del Acuerdo, antes de que concluya la fiesta, anden á trompazos y pes-

cozones anunciando que *van á llover palos*. No en balde la escuela «amusante» de nuestra juventud ha sido los títeres de don Carlos Quindiche, en la plaza mayor, y en cuyas más trágicas representaciones eran infaltables las proezas de un vasco de ponchito y macana que se trenzaba aun ante la misma Corte Real ó el Jefe de Policía, con un popular negro, Misericordia Campana, que corría á todo el mundo con sus cabezazos de pedrada ó capuadas.

¿Qué hacen los constitucionalistas ante ese cuadro tan semejante al del estado del país? Disponen que salga «Byzantinus» (doctor, no se olviden) á echarles un sermón á los locos (que ellos han embravecido), pues si los juiciosos conocerán el objeto verdadero de la prédica, el pueblo, la opinión, dirá que el *grupo selecto* es una bendición del cielo; y en efecto deben serlo, por que ellos salen siempre bien y limpios como patena é irresponsables como los que no han llegado á tener uso de razón, que es sabido van y están en el limbo.

Los constitucionalistas llegados á estas postimerías no ven, ó aparentan que no ven, que si hasta ahora el país ha arrastrado una existencia menguada porque han pretendido que lo que debía tenerse, ante todo, era un gobierno perfectamente legal y de una legalidad como la que ellos entendían, y que ha sido causa de tanta discordia, menos podrá contentarse ahora

que lo han zampado en una dictadura y lo quieren sacar de ella valiéndose del mismo instrumento personal de tanto agravio á la Constitución, á los derechos civiles y políticos y hasta á las personas y á las más rudimentarias reglas de urbanidad social.

¡Y cuando el país está á punto de arder por todos los rumbos de la rosa de los vientos, los Doctores Selectos del constitucionalismo vuelven á insistir en que el «Acuerdo *fratricida* de los Partidos» es una obra maestra de previsión, de cordura, de sentido práctico, y que la cláusula 5.^a del citado acuerdo es el medio más legal, más moral y conveniente de prevenir tantos males!

¿Han procedido así, proceden ó procederían así en Estados Unidos los políticos prácticos y en Inglaterra sus hombres de Estado tan prácticos como abnegados, virtuosos y sinceros? ¡No, mil veces no!

¿Es cierto acaso que Stuart Mill, maestro de la ciencia política, haya tenido jamás presente un caso que se parezca ni en las puntas del cabello al caso nuestro? ¡No, mil veces no!

El ex Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, no podía ser candidato á la Presidencia de la República porque tenía en su mano los medios de imponerse, y contemplando esa posibilidad, nuestra Constitución ha prohibido la reelección del Presidente, lle-

vando su exigente previsión más lejos aún, y por las mismas razones, hasta la no reelección de los Senadores.

El ex Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo no *puede* ser electo Presidente constitucional; *no debe* ser electo porque dió un golpe, llamado de Estado, en beneficio personal propio, y ahora *se impone*, por todos los medios, sin excepción, que le permite un poder omnímodo, sin control, sin sanción é irresponsable como el que ejerce.

El ex Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, *no debe* ser electo Presidente constitucional, porque es un bochorno, una ignominia, un crimen político repugnante que se haya causado tanta zozobra, tanto desorden, tanta incertidumbre é inseguridad en nuestro futuro, con el único fin y para el único resultado práctico de que un hombre, por bueno que se le suponga, se considere indispensable y debe perpetuársele en el Poder; y esto sólo por obcecación, cretinismo ó perversidad.

Buena ó mala, Cuestas concluyó su obra y habrá necesariamente concluído de regir al país, cuando quiera dejar de gobernarlo de hecho; pero como han pasado y pasan las cosas, como ha estado y está el país, nunca jamás podrá recibir, ni recibirá, el 1.^o de Marzo próximo una investidura legal y digna de Presidente constitucional del Uruguay!

Hasta ahí creemos capaz de que osará ir el constitucionalismo, arrastrado por la vorágine de la sucesión de monstruosidades que viene perpetrando y sosteniendo para justificar su actitud política; pero, y esto es lo triste y sienten los que tienen corazón y aman la patria, la condenan irremisiblemente á quién sabe cuántos años más de caos, y le hacen correr el inminente riesgo de que vuelvan á teñirse de sangre de hermanos sus verdes campos, y que esa sangre les salpique el rostro!

Noviembre 22 de 1898.

—
; Nunca !...

Fácil es comprender que plantear la cuestión de si hay ó no autores y prácticos que sirvan para fundar la moralidad de la base 5.^a del «Acuerdo Fraterno de los Partidos», es resolverla de una manera inconcusa, negativamente; porque en ninguna parte ha pasado lo que los constitucionalistas quieren que pase aquí, «en esta democracia singular», que ellos se han empeñado en convertir en una especialidad; como otras veces se empeñan en demostrar que el país se va de cabeza á la perdición porque no se sigue aquí lo que dicen Leroy Beaulieu ó Bagehot, que escriben á dos mil leguas de distancia

de nosotros y haciendo vivisección de sociedades y pueblos que ya están formados.

La Razón, en apoyo de su tesis, nos cita ahora á Stuart Mill, pero en su habitual atolondramiento sin darse cuenta de que ese ilustre maestro tenía delante de sus ojos y nos habla de lo que pasa en las verdaderas democracias, en las naciones en que es una verdad el régimen representativo republicano y en el que éste funciona de una manera verdaderamente moral.

Stuart Mill, según *La Razón*, sienta como premisa y con él el buen sentido: «Que en tanto que los electores SEAN LIBRES DE VOTAR ó NO, COMO LES PAREZCA, no se les puede impedir que pongan á sus votos las condiciones que juzguen convenientes».

De ahí parte el autor citado para seguir demostrando y siempre acompañado del buen sentido, que es legítimo que el elector exija al elegido el compromiso de votar POR SU PARTIDO, POR MEDIDAS, POR IDEAS, POR PRINCIPIOS, POR PROGRAMAS ó POR «PLATAFORMAS», que estén de acuerdo con sus intereses, (los del elector) opiniones y conveniencias transitorias ó permanentes.

El sabio autor dice, sin embargo, que ese mismo mandato imperativo general está lejos de ser lo mejor y lo más conveniente, y en cuanto á la elección á dos grados, no dice de ninguna manera que pueda ir nunca hasta conceder al

elector el derecho ó facultad de exigir é imponer al elegido el compromiso de votar por determinada persona y no otra alguna, para Presidente ó Senador, por ejemplo; y que son los únicos casos para que se ha aconsejado y practicado la elección á dos grados, indirecta ó por el Colegio ó *filtro*, como dice *La Razón*, tomando el término al insigne tratadista que cita.

Y eso ha sido y tiene que ser así, sencillamente porque de lo contrario la tal elección indirecta sería completamente inútil y ridícula y el elector debería votar de una vez y directamente por la persona que quisiera fuera electa Presidente ó Senador.

¿Para qué *filtrar* el voto como el agua, si lo que se va á *recoger* del otro extremo del filtro y se va á beber es netamente lo mismo que se ha echado en lo ancho del mágico *embudo*, que ahora se llama *filtro*, del constitucionalismo?

El tal *filtro-embudo* está demás, y comprendiéndolo así los autores y prácticos ingleses, no hacen figurar semejante instrumento en el laboratorio de sus instituciones políticas. Verdad es también, que allí han coronado á la República y afortunadamente tienen y tendrán una Augusta Soberana ó Soberano, que les asegura no estar expuestos á que con elecciones directas ó indirectas, como las que el constitucionalismo nos inventa aquí, tengan un Presidente que les resulte un malandrín de tomo y lomo.

En Inglaterra gobierna un Parlamento, no por cierto con lógica constitucionalista, sino con la de la moral y sentido común; y ese Parlamento está compuesto de dos Cámaras, la una de Lores hereditarios y la otra de Comunes que elige directamente el pueblo, dividido en dos partidos bien organizados y poderosos, cuyos electores *eligen siempre libremente* de entre sus partidarios á los más capaces para que realicen y lleven á la práctica los programas, principios é ideas del partido.

Allí no gobiernan los individuos, las personas, los falsos apóstoles, los periodistas asalaria-riados, sino el pueblo por intermedio de sus Representantes, y allí no tienen más amo que la libertad y la conciencia, ni más símbolo ni más manifestación de poder y fuerza que una corona ornada de piedras preciosas y fulgentes, como son las cualidades del que la ciñe en su noble frente en representación del honor, dignidad y grandeza de la Nación.

Nada más, felizmente, y para consuelo de la especie humana, podría ver y llegó á ver el sabio filósofo-político Stuart Mill, en su venturosa patria, y vió *Veritas* con el desaliento en el alma porque como iban las cosas y lo están ahora peor, la suya no se le parecerá jamás.

Vamos ahora á lo que pasa en los Estados Unidos.

En esa República, la elección presidencial no

es directa por el pueblo (creemos que la única que la tiene es el Brasil), sino por un gran Colegio Electoral formado de delegados de todos los Estados de la Unión.

La elección es allí, pues, á dos grados, se hace por *filtro*; pero el pueblo, los electores, *no pueden, no deben, ni intentan siquiera* exigir directa ni indirectamente el compromiso previo á los miembros del Colegio Electoral, de votar, por ejemplo, por un Juan L. Cuestas, exclusivamente, lo que implicaría prohibirles que lo hicieran por un *Byzantinus* ó un *Veritas*, un Julio Herrera ó un José Pedro Ramírez, quienes todos juntos y separadamente y por todos conceptos, valen más que un Juan L. Cuestas.

Y aquí está la cuestión; esa es la llaga viva y desnuda, la ignominia, la torpeza, la inconveniencia que quiere encubrir *La Razón*, con sus argumentos sofísticos y sus citas incorrectas y completamente inaplicables al caso, en que con manifiesto cinismo y sin igual tartufería se quiere poner al infeliz Uruguay.

La Razón sabe perfectamente que hoy en el Uruguay, los electores *no son libres de votar ó no cómo les parezca*; y que por el contrario se les ha impuesto por la violencia, por el engaño, por la mistificación, por el cohecho y el soborno, que elijan sólo y únicamente á quienes quieran comprometerse á votar exclusivamente por Cuestas para la Presidencia.

La Razón sabe perfectamente, que ese pacto impuesto al pueblo, no tiene ni siquiera la virtud de ser por parte de los que aparecen comprometidos á votar por Cuestas para Presidente, un acto de desinteresado y abnegado sacrificio, sino una pura venalidad.

El constitucionalismo sabe á ciencia cierta también que las elecciones que se pretenden llevar á cabo el domingo próximo, serán de suyo como la peor de las más malas que hayan habido en el país, porque además de la imposición que ha mediado sin cesar en todo el proceso electoral, sólo tendrían representación en las Cámaras los autores de la revolución del 10 de Febrero, con su héroe á la cabeza y por consiguiente el 1.^o de Marzo próximo no habría tal vuelta al régimen legal, sino simplemente la continuación de aquél acto de fuerza.

Las elecciones del domingo, si es que tienen lugar, serán un atentado contra el sistema representativo republicano, contra las prácticas democráticas. No serán elecciones, sino el nombramiento imperativo de Cuestas, por Cuestas y para Cuestas.

Y si el constitucionalismo ha creído alguna vez, de buena fe, que este país es una especialidad porque tiene partidos tradicionales prontos á irse á las manos por un «quitame allá esas pajas», ¿cómo es posible que crea hoy también de buena fe que podrá marchar bien y

tener paz y concordia, cuando insensatamente han querido y permitido que uno de esos partidos quede excluido en masa y sea en masa perseguido y vilipendiado por los que han asaltado el Poder y quieren perpetuarse en él?

¿Cuál es el mal que aqueja á los hombres del constitucionalismo imperante: cretinismo ó perversidad?

El recuerdo que también dedica *La Razón* á los *cahiers des charges* que se entregaban á los convencionales del 89, nos lleva á parodiar en contestación á la anterior pregunta, las dolorosas exclamaciones de madame Roland, cuando describía las barbaridades y atrocidades que se produjeron en Francia en esa época, y precisamente porque se quiso hacer imperar el sistema de los *cahiers des charges*.

Digamos, pues, con aquella ilustre y preciosa víctima inocente del mandato imperativo:

— ¡Oh! ¡constitucionalismo, constitucionalismo! ; Cuántas herejías has cometido por haber jurado tu santo nombre en vano!

¿Cuándo el constitucionalismo ha sido sincero? ¿cuándo muestra no estar en contradicción consigo mismo? ¿cuándo ha probado tener cordura y sentido práctico?

¡NUNCA!

EL CONSTITUCIONALISMO Y SHYLOCK (1)

¡Viva mi hijo Tiberio!

Así exclamaba un palurdo encantado con las locuras de su hijo llamado Tiberio y á quien tenía como un genio en pleno crecimiento y, por consiguiente, si el buen Dios le conservaba la vida, sin duda alguna llegaría á ser, por lo menos, Presidente de la República.

La Razón de hoy (26 de Noviembre), en su artículo «El alto y el llano», se nos presenta como aquel alelado padre y parece rebosarle por todos los poros el deseo de gritarle á su colega y correligionario el de *El Siglo*, que empieza á contar al público los atentados electorales del Dictador : ¡Viva mi hijo Cuestas!

Sin embargo, la propia *Razón*, en las cuatro columnas que siguen al citado editorial, nos

(1) Este artículo, escrito como los anteriores para *La Vanguardia*, quedó sin publicación á causa del atentado y saqueo llevado á cabo en los días 24 y 25 de Noviembre, á la Dirección y Administración de aquel diario.

da la noticia de que su Cuestas ha estado ya deliberando, por dos horas, con sus Aranas sobre la clausura del Consejo de Estado, porque parece que le ha entrado el *gualicho* de las interpelaciones y se ha frustrado una segunda que, sobre el tema del proceso electoral, intentaba el Consejero Campisteguy, lo que induce á creer que probablemente ya no se conseguirá formar *quorum* en el tal Consejo; nos cuenta que se ha ásaltado un diario y apaleado á sus directores; que se han hecho más prisiones (y van mil); que se han hecho secuestros de armas y envíos de armas; que se han previsto desembarcos; que se han batido montes; que se han producido montoneras en los Departamentos y, en fin, multitud de otros frutos por el estilo del Acuerdo de los Partidos, que todavía se dice ser «la única tabla de salvación» y que en realidad está dando los mismos resultados que el pseudo Acuerdo de las Potencias en la cuestión de Oriente, que no ha impedido que el Sultán siga ordenando masacres y saqueos de los cristianos y armenios.

La «gratitud y fe» del Director de *La Razón* le impiden, no obstante, concentrar sobre Cuestas la responsabilidad de tanto desbarajuste; «de la anarquía reinante en las filas de la situación», pues eso no es debido á la ineptia absoluta del señor Cuestas, para nada cuerdo, sino á la inflexibilidad é integridad del hombre que

ha ido hasta contrariar sus propios intereses «*plantando á su partido* en las veinticuatro bancas concedidas á los nacionalistas, cuya abnegación salvó la gran solución, base de toda la política actual».

¡Viva mi hijo Cuestas!, dice *La Razón* desde lo alto, y porque *La Razón* está hoy en los altos del Cabildo, y encuentra apenas observable que el señor Cuestas *plante á su partido*, es decir, que se *suplante á su partido* y usando y abusando del poder que ejerce trate directamente con el partido nacionalista sobre la representación que éste ha de tener en la Asamblea que ha de constituirse para elegirlo á él Presidente constitucional. Así sólo se explica que Cuestas pueda ser Presidente y vivado por *La Razón*, que ya no tiene energías para razonar sino para pugnar por que, por todo y cualquier medio, el Acuerdo de los Partidos sea un hecho porque es invención de su partido.

Pero los gritos de la conciencia obligan á *La Razón* á mirar las cosas más de llano y entrando á éste con un «tal vez», un «quizás» y un final «tal sucede», tiene que seguir aplicándole algún castigo al señor Cuestas por haber sido obcecado «en los tratos para aproximar los *círculos colorados* disidentes, pero no embarcados en las aventuras del colectivismo; por haber armado *querellas* (¡qué idilio!) con una buena parte de los colorados independientes con

los que ascendió al Poder y que sucesivamente se le ha ido desgranando para terminar en hostilidad abierta en las actuales elecciones».

Después de esas confesiones de *La Razón*, es del caso preguntar: ¿en qué quedamos?

¿Á qué partido representa Cuestas?

¿Quién lo sostiene? ¿Quiénes son los que van á votar el domingo por ciudadanos que llevarán la consigna de elegir sólo á Cuestas Presidente constitucional?

¿Cuántos serán los electores de la política del acuerdo que darán el domingo sus *cahiers des charges*, con el mandato imperativo de Cuestas para elegir á Cuestas?

Según *La Razón*, como se ha visto, no serán por cierto los colorados colectivistas los que votarán mañana, porque se han lanzado todos á la conspiración y subversión activa; tampoco serán los colorados no situacionistas, ni colectivistas, ni menos lo serán los de la *buena parte* que hostilizan ahora á Cuestas abiertamente. Será, pues, el Partido Colorado casi en masa el que se abstendrá de votar por el acuerdo y por Cuestas, porque en masa le es abiertamente contrario.

Luego, los partidarios de la política del acuerdo ó más propiamente de la cláusula 5.^a de ese acuerdo, porque esta cláusula ha sido la manzana de la discordia puesta por los mismos constitucionalistas en su propio banquete

político, quedan reducidos á los nacionalistas y á los mismos constitucionalistas que apesar de no llegar á ciento están anarquizados, según *La Razón* y lo corrobora la actitud actual de *El Siglo*.

Veremos con gusto, desfilar á todos éstos, mañana, por las urnas, pues nos darán el inefable placer de saber cuántos se cuentan, AHORA QUE PARA ELLOS SOLOS, según lo ha repetido *La Razón* hasta el fastidio, *no ha habido fraudes, coacciones, imposiciones ni persecuciones*, y por el contrario están á partir de un confite con Cuestas, de quienes son no sólo sostenedores por el voto y la fuerza, sino que también lo ayudan con el espionaje, la delación y la intriga.

Quedan emplazados los nacionalistas para después del escrutinio, que confiamos nos dará la prueba probada de lo que el nacionalismo en masa representa en el país, y que sinceramente hemos creído siempre que fuera una minoría con relación al Partido Colorado.

Mientras nos llega esa prueba que será concluyente, desde que será fabricada por el propio interesado, volvamos al constitucionalismo y á su máspreciado órgano *La Razón*.

Ese diminuto partido de idealistas ó perver-sos convertidos hoy en turiferarios de Cuestas, reasumiendo lo que ocurre con el pretendido acuerdo de los partidos, que como se ha visto

queda reducido por la propia confesión de sus autores á un simple arreglo de familia entre los constitucionalistas y el señor Cuestas y en el cual se ha hecho entrar á los constitucionalistas para que desempeñen el poco envidiable papel de mediadores plásticos como diría Cowdor y el realista Zola *allumeurs politicos*, se contenta y cree haber salvado al país, con que ellos y los tales mediadores plásticos hayan podido elegir *libremente* á sus 30 representantes.

La persecución y las cárceles, la intimidación y el cohecho, las *querellas* brutales con los elementos colorados de toda denominación y la indiferencia y desánimo producido en el resto de los electores del país por tanto tripotaje ó *longoteo* (1) político como el que se ha venido haciendo con la personalidad de Cuestas desde la muerte del infortunado Borda, es paja para el insensato constitucionalismo, que en realidad sólo se ha preocupado de hacer de la política un negocio usurero como cualquier otro.

Vengan las 30 bancas libres que nos ha dejado Cuestas, y como eso de libertad é independencia suena tan mal en el oído del desconfiado y suspicaz Regente y Heredero Imperativo de la Presidencia, se ve impelido á redoblar su acción

(1) Después que los indios daban un malón y se habían repartido el botín se entregaban á *longotear*, esto es, á emborracharse, gozar á las cautivas y hartarse de los comestibles saqueados ó animales robados.

é intervención para que en las 58 bancas restantes no vaya á ingerirse alguno que no haya jurado y suscrito desde ya la balota del 1.^o de Marzo.

El constitucionalismo como Shyloch, el judío mercader de Venecia, sólo piensa en la libra de carne que la ley le permite arrancar en pago de su crédito del cuerpo de su arruinado deudor, importándole poco que para conseguirla el infeliz se vaya en sangre.

¡ Sea ! Cortad, constitucionalistas, vuestra libra de carne del cuerpo esquilmado y desfalleciente de la patria y os emplazamos para cuando se hubiere restañado la sangre que ha de correr y como siempre pretendáis, con vuestra acostumbrada osadía, hacer de ella responsable á los partidos tradicionales !

CONCLUYENDO

Ni Acuerdo ni Fraternidad.

Ni paz ni honor.

“Veritas” contra Mundum.

I

Se han verificado las elecciones, si no al gusto del país entero, al del señor Cuestas, al del constitucionalismo y también al del señor Ministro de los Estados Unidos de Norte América, que así se lo hizo saber al primero en una nota oficial y para dar á la publicidad.

Apesar de ser las tres entidades satisfechas tan distintas, parecen tener un mismo sentido moral y es de esperarse que no falte tampoco algún oficioso *politician* que dirija un *report* al *Tamany Hall*, de New-York, que es la primera bolsa electoral del mundo, sobre las elecciones que acaban de verificarse en el Uruguay y que, como resulta que son comparables, en el fondo al menos, á las que allí hacen los republicanos, se concluya pidiendo un diploma de honor para los que han concertado, presidido y aplaudido

con tanto *desinterés* nuestro proceso electoral del 98.

La naturaleza parece complacerse tanto en producir contrastes como semejanzas, y así como suelen albergarse almas grandes en cuerpos chicos y viceversa, también algunas veces las naciones pequeñas hacen lo mismo que las grandes, bien que no les produzca los mismos efectos y resultados, ni los hechos idénticos sean apreciados de la misma manera por el observador oportunista.

Así el Uruguay, país pequeño, ha igualado, si no sobrepasado, en corrupción y falseamiento del sufragio popular á los Estados Unidos, donde el voto es simplemente un objeto de valor venal y por eso dijimos, en uno de nuestros artículos, que allí no existía el mandato imperativo y que el elector no *podía* poner condición alguna al elegido y no *debia*, ni *intentaba* siquiera, hacerlo desde que: primero, la ley así lo entiende, y primero y segundo, digo ahora, desde que siendo el voto, en la práctica, una mercancía como cualquier otra, el que vende una cosa semejante no puede poner condiciones ni el que la compra las acepta.

Así se explica también el aplauso imprudente de M. Finch, que conoce mejor que nosotros á su país y sabe que allí quienes hacen las elecciones, en general, no es el pueblo sino los *politicians* y que el país se atiene á los resultados

finales y á que en el acto de la elección no haya tiros ni puñaladas, como con placer lo reconocemos ha muchos años que no ocurren en las nuestras; pero en lo demás, en los Estados Unidos, antes de las elecciones, en las elecciones y después de las elecciones, hay absolutamente de todo, compraventa, fraude, cohecho, trompadas, palos, borracheras, secuestros, trapizondas, escamoteos, etc., etc.

Y esos son males casi imposibles de evitar aun en la Gran República por la sencilla razón de que la mayoría de los electores, en tanto que haya paz verdadera, — y no se ha llegado allí nunca á conmover el país por los fraudes electorales,— no hacen cuestión de vida ó muerte que los gobierne un Lincoln ó un Garfield, un Harrison ó un Cleveland, un Bryant ó un Mackinley, como nosotros lo hacemos porque nos siga gobernando un señor Cuestas ó cualquier otra personalidad que artificialmente hacemos indispensable y olvidando que para una nación no hay hombres necesarios. Otro gran número de electores en los Estados Unidos son ciudadanos legales á quienes interesa más el precio del voto en metálico y al contado que en los resultados del buen gobierno, que, sin duda, hará para él casi lo mismo un republicano que un demócrata,— entre nosotros los dos lo harían igualmente malo,— tienen seguros los beneficios mediatos del buen gobierno, vendan ó no su voto;

y, por último, el resto de los electores son *millares* de pensionistas ó aspirantes á serlo (1), y de empleados políticos, militares y administrativos que luchan desesperadamente por conservar posiciones, comisiones ó empleos.

Pero como en los Estados Unidos los votantes se cuentan por millones, no hay personalidad alguna bastante popular para atraerlos y dominarlos á todos, de manera que son las agrupaciones de gente rica y educada, que llamaremos partidos, los que hacen política verdadera y se preocupan, persiguiendo fines más generales y nacionales, de que el gobierno vaya á parar á manos de uno de sus afiliados, que se denominan unos demócratas y otros republicanos. Son esos partidos los que se entienden con los *politicians*, que manipulan el voto y con sus masas hacen inclinar la balanza en uno ó otro sentido. Los demócratas y republicanos, como partidos, son más ó menos igualmente numerosos, pero la elección de un candidato á la Presidencia depende del dinero que

(1) En los Estados Unidos, los pensionistas son un ejército enorme, las pensiones ascienden á *doscientos cincuenta millones* de pesos, y á pesar de alejarnos de la guerra de secesión, de que datan, se aumenta cada año en vez de disminuir. La deuda actual de los Estados Unidos, es de *mil millones de pesos*, y la guerra civil costó más de dos veces esa suma. Con un solo año, pues, de lo que en Estados Unidos se paga por pensiones, tendríamos nosotros para chancelar toda nuestra Deuda pública, y comprar media República del Uruguay.

se hubiere recogido para la campaña electoral, y de la primacía con que hubieren podido ganar á su servicio á los buenos y hábiles *politicians*.

El pretendiente, esté ó no en el Poder, jamás se permitiría poner ese poder al servicio de una candidatura, ni mucho menos tratándose de la propia. Wáshington el primero, y Grant, Cleaveland y otros, resistieron una segunda reelección á pesar de permitirlo la Constitución de los Estados Unidos.

Y el Presidente no hace uso de su influencia y poder administrativo, primero, porque así lo imponen las leyes escritas y las del honor, y para llegar á tan alto puesto lo menos que se puede pedir á un candidato es que sea honrado y que haya probado su culto por la moral y la ley ; y segundo, porque el partido no abandona jamás al candidato ó Presidente que elige, todo el posible control sobre la elección y la marcha de su administración.

Si se examinan, pues, las elecciones en los Estados Unidos, de abajo arriba, en la base, vemos lo que he expuesto ya, una mistificación del sufragio popular ; pero si las examinamos de arriba, en la cumbre, se ve que el resultado es que el Presidente, en vez de poder imponerse al país ó á su partido, como viene sucediéndose entre nosotros, casi sin interrupción desde el 75, es el país y el partido el que

impone condiciones de gobierno al candidato ó elegido y el que vigila su marcha, con severidad, desde las Cámaras y desde los centros verdaderamente políticos con que el Presidente ha tenido que contar irremisiblemente para ascender, gobernar, y ser reelecto si aspira á ello.

Las elecciones generales, en sí, que se verifican en los Estados Unidos, no son ni con mucho dignas de imitarse ni señalarse como ejemplos de verdad y moralidad política, y si á esto se agrega que lo que hacen nuestros ricos y prósperos hermanos del Norte son cosas de la Gran República, mientras que lo mismo hecho por nosotros, son cosas de South America, nos habría valido más parodiarlos en otras enseñanzas, las que nos dan las cosas que pasan *en la cumbre*, y que nos habría hecho acreedores á un aplauso más consciente y más justo no sólo del señor Ministro americano Mr. Finch, sino del mundo entero.

El Uruguay es todavía un país incipiente, impecunio, que no puede sostener su población nacional, cuya mitad más viril se halla en el extranjero, y el señor Cuestas ha hecho todo, menos mostrar á propios y extraños, que tiene las virtudes y dotes que han mostrado y muestran tener los hombres de estado de los Estados Unidos.

Tampoco sus partidarios han demostrado que no exista en el Uruguay otro ciudadano con

quién sustituir al señor Cuestas y el cual sea bandera de paz y de concordia entre los uruguayos, ó que por lo menos sea capaz de contentar con su habilidad y conducta á un mayor número.

II

En nuestras elecciones del domingo se han sacrificado los más altos principios de moral política y las más claras conveniencias de presente y de futuro á los intereses estrechos de círculo y á las ambiciones personales é ilegítimas del señor Cuestas, y todo ello por temores y miedos cobardes al herrerismo que la persecución y el exclusivismo decretado por el constitucionalismo imperante han convertido en una agrupación temible y temida.

A la oligarquía colectivista, se ha venido á sustituir otra oligarquía que no tiene siquiera el mérito ó justificación del fin, porque se ha causado tanto mal y desorden para servir más que al país á una personalidad vacía de cualidades y que ha probado ya carecer de las condiciones más rudimentarias del hombre de estado y que son más necesarias aún para regir pueblos como los nuestros, que apesar de amar su libertad con vehemencia, no tienen disciplina bastante para pacientar un mal gobierno y obligarlo por otros medios que la fuerza á evolucionar y

concluir por hacer una administración regular y tolerable.

Si á esa falta de disciplina en los de abajo, se agrega la falta de moral, justicia y tino en los de arriba, y se observa que el Uruguay se compone de una capital demasiado cosmopolita y demasiado culta, pero sin educación, ni carácter, ni religión, ni fe, y un territorio primitivo en todo sentido, tendremos que la existencia de un partido avanzado con tendencias extremas é intransigentes; exclusivista en sus medios desde que piensa y proclama que sólo sus afiliados son los bien inspirados, los buenos y capaces de gobernar al país, y constituyendo una minoría absoluta no pueden realizar sus fines, sino por la fuerza material, el terror de la censura agresiva y de la picota pública ó la propaganda desquiciadora y exagerada que hace imposible, en el interior, la marcha regular de la Administración, y pasea por el exterior nuestras flaquezas y des prestigios reales ó supuestos, un partido tal, digo, es el peor de los males que ha podido caer sobre el Uruguay.

La única y verdadera especialidad del Uruguay es que es un país joven, en pleno crecimiento y al que no pueden aplicarse los mismos tratamientos que á un adulto, cuyo organismo y facultades activas y pasivas han adquirido y llegado á su más completo desarrollo.

En los centenares de colonias y dominios in-

gleses, grandes como el Canadá ó pequeñas como las de Australia, Nueva Zelandia, etc., no hay guerras civiles; tienen parlamentos, sufragio libre y verdadero; existe la vida pública en todas sus máspreciadas manifestaciones, en fin, hay *commonwealth*, que significa república, riqueza nacional, honor nacional, bienestar general.

Allí hay sus partidos, liberales ó conservistas, unionistas ó separatistas, republicanos é imperialistas, y sin embargo de estar en constante lucha, y lucha intensiva, porque el sajón es hombre de carácter y convicciones, no ha necesitado un Mentor que pudo conducir á un Telémaco en su peregrinación, pero que no habría podido, ni aún siendo un Dios, llevar por el mismo camino á dos uruguayos con las cabezas llenas de teorías exóticas, de idealismos intemperantes y de sentimientos irascibles.

Aunque falsas y viciosas las elecciones nuestras, á fuer de prácticos, y sin haber tomado parte en ellas pero respetando á los que lo han hecho, nosotros las habríamos aceptado todas como hechos consumados y para pugnar porque fueran mejorándose y avanzando los partidos en la práctica del derecho del sufragio; pero nunca habríamos llevado nuestro oportunismo hasta convertir la resignación en aplauso, ni sostener que las que se han verificado el 98

puedan ser un motivo para deleitar al país, como lo pretende el constitucionalismo hoy, y como se cuenta que se regocijó hasta del asesinato del ex Presidente Borda. ¡Por ahí van los pueblos al byzantinismo, al desorden y á la anarquía perpetua con todo el cortejo de males políticos, morales y económicos, que son sus consecuencias, y concluyen cayendo presas de los más audaces y de menos valimiento real! El Uruguay será un pueblo verdaderamente oriental, gobernado por Sultanes ó Pachás como la Turquía, con cuyas dependencias nos confunden ya los ignorantes en Geografía y oyen las referencias de los sucesos políticos que aquí ocurren.

Sin remontarnos más allá de lo que hemos visto con nuestros propios ojos y podido apreciar con nuestro propio criterio, creemos que las obcecadas intransigencias del principismo de todos colores y de todas épocas, son las que han impedido que nuestro país sea hoy una nación seriamente constituida y capaz de darse á la práctica regular de las instituciones estereotipadas en sus leyes.

Nacido en un país representativo-republicano á raíz de la conclusión de la Guerra Grande, no he podido ejercer en condiciones normales y medianamente sanas, ni una sola vez siquiera el derecho de sufragio magistralmente legislado por todos los gobiernos, y sin embargo, en 45

años he podido ver que en el Uruguay han habido savia, energías, entusiasmos y aplausos para *diez y ocho revoluciones, motines y asesinatos de Presidentes !!*

Esa es toda la vida pública que he conocido en mi país y en que los hombres de mi generación han podido actuar y hacer política.

Yo no he tenido paciencia igual para contar cuántas veces los políticos y hombres de estado de mi país han intentado conciliaciones y acuerdos fraternales ; pero eso lo ha hecho *Byzantinus*, y cuantas más fueran esas tentativas, más censurables y condenables serían aquéllos por los propios resultados obtenidos, desde que habrían sido todos contraproducentes, probando si no la mala fe con que se ha procedido, la inoportunidad é ineficacia del medio para concluir con la guerra civil y los partidos.

De la fecundidad monstruosa para dañarnos á nosotros mismos quiero creer que somos todos responsables, lo mismo los blancos que los colorados ; pero más que éstos separadamente y tanto como la de los partidos juntos es la culpa y responsabilidad de los llamados principistas antes y hoy constitucionalistas, porque pretendiendo precisamente ser éstos los elementos más selectos, han escollido siempre en producir bien alguno con su intromisión en las luchas de los partidos tradicionales y su participación activa, de palabra y de hecho, en todos

los sucesos que han ensangrentado á nuestro país.

Las buenas intenciones, los sanos propósitos no salvan al hombre de estado ó agrupación política que no acierta á llevar á los pueblos que pretende dirigir, por creerse superiores y los únicos iniciados, al paraíso con que ellos sueñan y son los únicos en comprender, y cuando lo que quieren los pueblos es ir con paso seguro al mejoramiento general y bienestar común, dentro de lo humano, de lo racional y posible.

Si, pues, la situación presente no se consolida, si otra vez el Uruguay llega á teñir sus campos de sangre ó si vamos derecho á despedir el siglo de las luces, con una salva de violencias y gemidos de miseria como la que ya nos azota y amenaza acrecentarse, la responsabilidad será del constitucionalismo, que en vez de haberse concentrado en su misión de fiel de balanza entre los partidos tradicionales, se ha lanzado él mismo á la acción y acompañado en cuerpo y alma al señor Cuestas en sus aventuras desquiciadoras.

Estamos por ahora sometidos sólo al hecho material de que se han elegido 88 ciudadanos del Uruguay con encargo expreso de que á su vez elijan al señor Cuestas Presidente de la República el 1.^o de Marzo próximo ó antes si así conviniere al interesado ; pero ese hecho no ga-

rante al país de que llevará una existencia tranquila, de que no seguiremos en una paz armada, dispendiosa por lo que cuesta y por los brazos que distrae de los trabajos más útiles; de que por acertadas medidas llegaremos á recuperar las fuerzas perdidas en un año entero empleado en asegurar la elección, ilegal y contraria al derecho, que se va á llevar á cabo, en fin, de que como lo dijo inocentemente *El Siglo*, no se pase la existencia preocupados en conservar la personalidad del señor Cuestas que desde el 4 de Julio próximo pasado, es un simple prisionero de sí mismo.

III

A nosotros nos parece escolástica pura, puro byzantinismo empeñarse en demostrar que el país no irá adelante, sólo porque existen partidos tradicionales.

En todos los países existen partidos tradicionales, con nuevos ó viejos nombres, con las mismas invariables tendencias ó con modificaciones más ó menos generales, y tiene necesariamente que haberlos porque es un imposible catégórico esperar que todos piensen de la misma manera. No puede haber mal ninguno en que el *doctor Byzantinus* sea constitucionalista—aunque sería mejor que volviera al nacionalismo—y que yo sea colorado, porque no es

cierto que los hombres ni las cosas valgan por el nombre que se les quiera dar. Él ha sido un austero demoledor, un soñador que tiene sólo los pies en la tierra y la cabeza en una República perfecta que podría llamarse una Jauja política que se encontrará descrita sólo en sus bellos artículos, y yo un colorado posibilista deseoso de hacer todo el bien que pueda ó se me deje hacer, pues sería absurdo querer imponerlo aun contra la voluntad expresa del objeto de mi solicitud y sentimientos pietistas.

Nuestro país entero está dividido en dos grandes partidos que se les ha ocurrido llamarse blancos y colorados, como podrían haberse llamado conservadores ó liberales, y como se llaman en Estados Unidos demócratas y republicanos y en Inglaterra *Torys* y *Whigs*; y unos y otros, ó más bien todos, usan nombres como distintivos que maldita la relación que tienen con la cosa que significan y aun divisas ó trapos que ostentan con perfecto derecho porque para eso son libres y el respeto mutuo es la condición esencial de la libertad y la base de la igualdad política y del derecho social.

El 1.^o de Mayo es el día de los «*Torys*» y en toda Inglaterra no se ve otra cosa que adornos amarillos, símbolo del *orangismo*; las «*Prim-roses*», se ostentan en los pechos y sombreros de las mujeres, hombres y niños que pertenecen á la Liga de ese nombre, y de esa linda flor y de

siempre vivas se cubren enteramente por manos amigas y anónimas las estatuas de los Derby, de los Palmerston, Beaconsfield y demás ilustres jefes del conservatismo ó torysmo moderno de la Inglaterra.

El día de San Patricio, patrono de Irlanda, todos los partidarios del «Home Rule» ostentan de la misma manera y usan en idéntica forma los colores de la Isla de la Esmeralda y su flor favorita el «Shanrock» con la cual cubren las estatuas de sus ilustres defensores los O'Connor, los Parnell y ahora de M. Gladstone.

Aún cuando algunas veces esas manifestaciones partidistas suelen dar lugar á peleas y disturbios, las cosas pasan entre brutos ó ebrios que la policía se encarga de tranquilizar y apaciguar en la custodia, pero en manera alguna el país se preocupa de esas reyertas al extremo de pensar que todos van á descender tanto y ya no va á haber paz y concordia entre los súbditos de Su Majestad, como cree el constitucionalismo que pasará aquí cuando refiere alguna gresca entre las clases ignorantes de los nacionalistas y colorados.

Esos mismos distintivos, banderas, carteles y transparentes hasta con caricaturas jocosas y picarescas se usan en las elecciones, que en Inglaterra son modelo y ejemplo bien alto si no único, de verdad y moralidad política, cívica y personal y sin que esto importe negar que en

algunos casos, particularmente en Irlanda donde hay mucha sangre española todavía, suelen excitarse tanto los ánimos en alguna elección disputada con ardor, que los contrincantes cometan la torpeza de agarrarse á palos y pedradas, con el único resultado de que la batalla dura sólo algunas horas y unos cuantos van á refrescarse á la policía ó á curarse al manicomio ó al hospital.

En Inglaterra nadie se ofendía ni se ofende porque le llamen *tory*, que en lenguaje céltico quiere decir *ladrón*, y se les llamaba así porque sostenían al rey y sus impuestos, ó que le llamen *whig*, con que se designaba en Escocia á los *plebeyos* bebedores de leche agria ó fermentada, y nosotros queremos hacer creer á todo el mundo, donde con nuestra propia prédica hemos llegado á merecer el concepto de semi-bárbaros, que somos realmente bárbaros del todo, porque unos nos llamamos *blancos* y otros *colorados*, que son palabras sin sentido ni significado alguno con relación á la política y que á nadie deben ni pueden ofender.

¿ Dónde estamos ? pregunto yo. ¿ En la tierra ó en el limbo ? ¿ somos dignos de que se nos considere algo más que cretinos, cuando á estas alturas del siglo se nos figura que todo va á cambiar en nuestro país, así que y por obra y gracia de que los *blancos* se llamen, por ejemplo, nacionalistas ó acuerdistas y los *colorados*, liberales ó fraternales ?

¿Habrán cambiado los hombres y sus instintos, conque los uruguayos se dividan en constitucionalistas y posibilistas ó oportunistas?

Evidentemente que no, pues los constitucionalistas pueden querer, como hasta ahora, seguir en su sistema de imponer más que á los sus ideas y principios, y los otros partidos tratarán de defenderse, por lo menos, y para ejercitar la defensa no se tiene siempre la calma estoica de los Temístocles ó la sublime abnegación del divino Jesúis.

Si los blancos y los colorados son unos salvajes, lo que sólo admitimos en hipótesis, combatamos sus barbaridades por los medios más conducentes á fin de que se civilicen sus tendencias y prácticas y cuyos medios exclusivos para *Byzantinus* recién hoy y como lo han sido siempre para *Veritas*, serían la palabra, la persuasión y el ejemplo sano y sin pretensión, que es el único fecundo siempre.

Dejémonos de hacer cuestión capital de los nombres con que los uruguayos quieran distinguirse internamente, en sus diferencias internas que no nos lleven á despedazarnos moral y físicamente, y mucho más cuando esos nombres no son injuriantes ni depresivos, porque aún cuando lo fueran, no impedirían las palabras, como no lo han impedido en otras partes, que el país marche adelante impulsado por el partido que haga mejores obras y tenga

mejores energías y constancia para someterse á las leyes ineludibles del progreso, cuyo empuje nada ni nadie podrá contener.

Para llegar más pronto á conquistar los beneficios de ese progreso, necesitamos hechos y no palabras, verdades y no específicos contra producentes y engañosos, educación y carácter y no miedos pueriles y aspavientos de alucinados, que nos hacen aparecer las cosas insignificantes y que bastarían las sanciones naturales á corregir ó modificar, como si fueran montañas volcánicas preñadas de todos los males del Averno, y las cuales no tienen más existencia real que en la imaginación calenturienta de espíritus idealistas que buscan una perfección imposible.

De la perogrullada de que los trapos, divisas, colores y nombres nada significan en sí, ni nada valen, los constitucionalistas pasan siempre á argumentar contra la razón de existencia de los partidos blanco y colorado, porque, según aquéllos, no se encuentran diferencias fundamentales en los programas políticos de ambos partidos y ni aún con relación al del constitucionalismo mismo.

Nosotros no tenemos inconveniente en aceptar aquí que sea exacto que no existen diferencias de programas y principios entre todos nuestros partidos, y por lo mismo parece que debiera ser indiferente que los tales partidos

existan ó no. Desde que se admite que hay identidad de programas en los partidos del Uruguay, unos y otros serán capaces de hacer el mismo bien ó el mismo mal, según sean los hombres que pretendan realizar ese programa universal; nadie tendrá ya inconveniente en pertenecer á uno ú otro partido; de llamarse nacionalista ó colorado, y por consiguiente á la vuelta de unos años desaparecerían los partidos por completo, si no se produjeran diferencias reales y positivas de aspiraciones entre ellos y sin necesidad de que intervenga una persecución tan contraproducente y quijotesca como la que les hace el constitucionalismo.

A cada paso se encuentran familias donde se mezclan afiliados de los partidos nacionalista y colorado, y cuanto mayor sea esa mezcla que significa tolerancia y fraternidad, más pronto y más seguramente perderán los partidos tradicionales el resto del carácter guerrero, violento y fraticida que les haya quedado de las antiguas luchas. Si los uruguayos pueden ya vivir bajo el mismo techo, reunirse en el mismo teatro, café, plaza ó club, llamándose unos nacionalistas y otros colorados, sin irse á las manos, arañarse ó negarse el agua y la sal, creo que hemos llegado á lo más que pueda pedirse y á lo más que se verifica en todas las agrupaciones político-sociales.

Es evidente que nunca se ha producido la

guerra civil en el Uruguay por el mero hecho de llamarse unos blancos y otros colorados. Las causas de esas guerras han sido más consistentes, aunque no todas hayan tenido las mismas razones de ser ni puedan todas justificarse del mismo modo por un observador imparcial.

El eminentísimo escritor José M. Samper, en su «Ensayo sobre las revoluciones políticas y condición social de las repúblicas colombianas (hispano americanas)», atribuye las causas generales de las revueltas políticas á dos tendencias, «al parecer opuestas, pero que concurren al mismo objeto por vías y medios diferentes, ambas sostenidas de buena fe en lo general, y que se han disputado la dirección de la democracia hispano-colombiana». Según Samper, unos buscan el progreso moral como una consecuencia; asegurar los bienes materiales contando con que éstos traerán lo demás y son autoritarios. Los otros quieren ante todo la libertad y hacer libres á los ciudadanos y los pueblos confiando en que el progreso material vendrá después. El señor Samper, pensando que ambas tendencias son erróneas y que la verdad estaría en su justo medio, concluye diciendo:

«Pero sea lo que fuere, el hecho es que toda la historia de las repúblicas españolas está contenida en la lucha permanente producida por esas dos tendencias y que toda

apreciación que se desentienda de una de ellas falseará la comprensión del espíritu de la democracia hispano-colombiana. Si algunas veces, por suma desgracia, se han perpetrado en nuestras contiendas civiles crímenes abominables, si las luchas han sido en varias circunstancias muy sangrientas y aun devastadoras; si del torbellino de esas revueltas han surgido figuras odiosas, encarnación de todo lo que hay de salvaje en la vida casi rudimentaria del Nuevo Mundo, de todos modos es fuerza reconocer que los partidos políticos han sido generalmente sinceros en sus programas, obedeciendo á una de las dos tendencias indicadas ».

Nosotros estamos de acuerdo con las observaciones de Samper, y sin dejar de llamarnos colorados hemos tratado en la medida de nuestra insignificancia política, de quitar á nuestro partido su tendencia extrema, pero como no tendría objeto entrar aquí á examinar y discutir las causas primarias ni secundarias de todas nuestras guerras civiles, vamos á limitarnos, en nuestras observaciones, á los desórdenes ocurridos en el país desde el pacto de Abril de 1872, que dió fin á la revuelta encabezada por el general Aparicio, y en cuyo año propiamente nació á la vida pública el partido constitucionalista, con el propósito de conseguir la fraternidad uruguaya y concluir con las guerras civiles.

No habían transcurrido tres años completos de paz, después del citado pacto de Abril, cuando

tuvo lugar el motín del 15 de Enero de 1875 y las deportaciones á la Habana. En ese mismo año se armó la revolución tricolor con el constitucionalismo á la cabeza y los mejores elementos de los blancos y colorados; pero ese movimiento concluyó trágicamente en los campos de Guayabos y Palomas (1).

Se soportó en la impotencia la tiranía de Latorre, pero así que los gobiernos que le sucedieron dieron mayores garantías á la libertad de imprenta, los combatieron con una vehemencia y tenacidad sin tregua, y el 86 volvieron los constitucionalistas á incendiar la tea de la guerra civil concluyendo su esfuerzo en el Quebracho de una manera ridícula, bien que á costa de algunas nobles y preciadas víctimas. Explicándonos las causas de ese final uno de los jefes superiores del movimiento más colossal que se había lanzado sobre el país, como que fué preparado con el auxilio directo de la República Argentina, decía que si la revolución hubiera salvado en el Quebracho, para seguir adelante con alguna probabilidad de éxito, habría sido necesario pasar por las armas á los directores ó jefes civiles del movimiento, en su mayor parte constitucionalistas.

(1) « Veritas », aunque joven, abandonó la Secretaría General de Aduana y fué á sentar plaza bajo la bandera tricolor, pero no hubo oportunidad para que la expedición sobre el Este ó Montevideo mismo, de que formaba parte, entrara en juego.

Creemos que las revoluciones en que los propios jefes no pueden ponerse de acuerdo siquiera sobre los medios ni fines, no se podrán justificar nunca, puesto que están condenadas á nacer muertas, y por otra parte, Santos había llamado repetidas veces á todos los elementos sanos de todos los partidos para darles participación en el gobierno, y los constitucionalistas no sólo lo rehusaron porque no se les daba á ellos exclusivamente entrada, sino que también combatieron acremente y con toda injusticia á los que creyeron oportuno ensayar el posibilismo, y lo consiguieron con éxito relativo, que habría sido grande si no hubiera mediado aquella insensata oposición. Fué sólo después del fracaso del Quebracho y del atentado frustrado de Ortiz contra la vida de Santos, que los constitucionalistas accedieron al último llamado que les hizo aquél para que le acompañaran á gobernar.

No pudieron sostenerse en el Poder porque unos no tuvieron carácter y energías para hacer el bien como pudieran y las circunstancias lo permitieran; otros, según su propia confesión, se acercaron á Santos sólo para conspirar mejor contra él desde adentro, y por último, porque todos cometieron el error de prescindir por completo de los elementos colorados y blancos independientes y á quienes se había debido contener á Santos y hacerle cambiar

favorablemente de rumbos. Sabido es que antes de que los constitucionalistas empezaran á fraguar su revolución, un grupo de colorados, entre los cuales se hallaba *Veritas*, había opuesto una tenaz resistencia á los deseos de Santos de prepararse una reelección, y la mayor parte de esos elementos fueron obligados á expatriarse, pero Santos no podía seguir baciendo gobierno porque quedaba completamente solo y habría tenido que dejar paso á Tajes y á quien la opinión acariciaba como á un buen instrumento reparador, que lo fué en efecto.

Por consiguiente, en esa época el constitucionalismo anduvo siempre encontrado con las tendencias más eficaces y oportunas: opuso la revolución á la evolución, cuando ésta tuvo más probabilidades de éxito, y la evolución á la reacción, cuando ésta se presentaba inminente y segura dentro del partido dominante, y consiguientemente el resultado no se habría debido á la soberbia casta ni habría sido para su exclusivo beneficio. En ambos casos, usando como ahora los medios opuestos y extremos, fueron siempre impotentes!

Durante diez años el país gozó de los beneficios de la paz, y la vinieron á romper los nacionalistas con el aplauso del constitucionalismo, y sin tener tampoco suficiente motivo para ello, pues el Gobierno de Borda sería á su juicio

malo, muy malo, pero nunca llegó á hacerse intolerable ni peor que la mejor guerra civil.

Muerto Borda, el constitucionalismo decidió la paz con su propaganda activa y creó al señor Cuestas, á quien incitó y acompañó á dar el llamado golpe de Estado del 10 de Febrero y de quien es el más decidido sostenedor, habiendo inventado el Acuerdo de los Partidos en su exclusivo beneficio y para excluir al Partido Colorado de la cosa pública.

Ahora bien: si el constitucionalismo ha tenido siempre para sus empresas el auxilio de uno ú otro de los partidos tradicionales, *cuando no los dos á la vez*, ¿cómo es posible pretender de buena fe que la causa de las guerras civiles en el Uruguay está en la existencia de esos partidos que han sido lanzados por el constitucionalismo mismo á las luchas armadas?

¿Realmente el constitucionalismo encuentra que los partidos son malos ó que lo son sólo cuando desoyen su influencia, se independizan y no se prestan á servir de instrumento á sus planes?

Yo estoy hasta por creer, partiendo de la base de la propia experiencia, que el único partido del Uruguay que no ha sido altruista, que menos ha sabido practicar la fraternidad político-social, ha sido el constitucionalismo y que sus *leaders* han abandonado á los partidos tradicionales precisamente porque la lentitud del pro-

ceso evolutivo que aquéllos podían operar no se conformaba con sus impaciencias radicales.

Condenar, pues, la guerra civil como la hemos condenado siempre nosotros y la condenaremos siempre, es condenar al constitucionalismo, que ha sido en este país, si no autor exclusivo, factor de quinta potencia en todas nuestras luchas fratricidas desde el 72 á la fecha, y como nunca se repetirá lo bastante, siempre en los momentos en que en los partidos tradicionales se operaban tendencias ó transformaciones saludables, y que habrían concluido por patentizar la impotencia é inconveniencia de los nuevos partidos con tendencias extremas.

El constitucionalismo del presente por una aberración satánica es el único partido que busca asegurar su predominio torturando y violando descaradamente la Constitución de la Nación, de que antes se decía único defensor y paladín.

Es que el constitucionalismo, con una lógica, que lo repetimos otra vez, un día es de acero candente y otra de miedos, temores y panaceas artificiosas y sin base en la realidad y los hechos, quiere meter á todas las inteligencias y voluntades del país en el lecho del Procusto de sus ideas y miras y pretende convencernos de que no llegaremos nunca á la meta, si no conseguimos ante todo una uniformidad de opiniones que sólo podría verse, y eso por comparación, en un osario.

Para que Moisés pudiera llevar á su pueblo á la tierra de promisión, fué necesario que lo educara primero durante las vicisitudes y sufrimientos que experimentó en la esclavitud, y sobre todo, que concluyera, antes de entrar á ella, por enseñarles las Tablas de Ley de Dios, que nosotros conocemos y queremos practicar de buena fe, pero que el constitucionalismo repite sólo cuando conviene á sus intereses.

El constitucionalismo no ha querido hacer lo del gran jefe y legislador del pueblo hebreo, con los partidos y pueblo del Uruguay, y por el contrario, abandonándolo una vez á lo que parece su triste destino, se entrega á tomar parte en las orgías políticas del presente, que lo mismo podrían llevarnos, por acaso, al bien que á la perpetuación del caos, que gratuitamente atribuye á los partidos tradicionales, y en esas condiciones la existencia de tan falsa y peligrosa agrupación, es un mal grave porque impide que surjan de entre los partidos los hombres verdaderamente de estado que los lleven á la evolución lenta, si se quiere, pero natural y racional, y por consiguiente segura y fecunda en bienes para el pueblo y para la patria.

El constitucionalismo es un mal grave, porque aparte de sus enormes inconsecuencias, aspira á arrebatar á los partidos tradicionales, ó desprestigar á los elementos más sanos, bien intencionados y preparados para dirigir y enca-

minar las masas populares que los componen y que, como siempre y en todas partes, están compuestas de gentes que se mueven y determinan más por el sentimiento, los impulsos del corazón y simpatía ó la pasión del interés, que por la razón, la deliberación y el pensamiento.

IV

Pensando así y viendo que el constitucionalismo, que es casi dueño de la propaganda diaria del país trataba de escurrir su responsabilidad en los extraordinarios sucesos que se vienen desarrollando, desde que el ex Presidente del Senado, señor Cuestas, entró á gobernar, me lancé á combatirlo públicamente, bajo el punto de vista de los hechos positivos en que aquél ha sido autor y actor, y de los principios políticos y naturales que rigen las sociedades donde impera el gobierno propio y lo ejercen los partidos populares, que son los que propiamente representan la soberanía de la nación y á los que quiere sustituirse el constitucionalismo que está en la más absoluta minoría.

Veía que, como siempre, el constitucionalismo, Señor de Horca y Prensa, nos llevaba á los extremos y no tenía derecho á imputar á los partidos tradicionales las anomalías y desórdenes del presente que eran su obra casi exclusiva, pues el señor Cuestas se ha mantenido

en el Poder como Dictador y será Presidente de la República porque el constitucionalismo lo viene apadrinando y amamantando.

Nadie puede sospechar siquiera, cuanto más imputarme con fundamento, que haya sido nunca un colorado intransigente ni obcecado, ni menos que haya explotado las pasiones de mi partido desde el llano ni de lo alto y sólo siendo un adolescente creí en los medios violentos para curar nuestros males políticos.

Apenas iniciado el proceso electoral del 98, quise incorporarme á su movimiento, pero puedo decirlo porque fué un hecho público, no había cabida en nuestro escenario político más que para los partidarios á ciegas del señor Cuestas y del régimen imperante que prometieran solemnemente desayunarse por lo menos con dos llamados colectivistas al día, cosa que yo no podía hacer porque desde el 87 había renunciado al charruísmo y me había incorporado al viejo mundo adquiriendo algunos de sus hábitos cristianos.

Los mismos que me pidieron que presidiera los trabajos de un club seccional fueron los que me impusieron al día siguiente mi retiro por haber llegado hasta los oídos del monarca mi resistencia á denominar el club con su nombre. Sin embargo, mis conciudadanos del club de la 3.^a sección formaron en seguida y casi todos en la buena parte de colorados independientes, que

según *La Razón* fueron compelidos por el propio señor Cuestas á la hostilidad abierta contra sus procedimientos y pretensiones.

Así como en Febrero, había quedado privado de los derechos del alto empleo que ejercía y mis correligionarios me privaban de los políticos, desde que creo que el hombre aislado y solo es nada, yo á mi vez, no me inscribí en el Registro Cívico renunciando así hasta á los más remotos y eventuales beneficios de la ciudadanía activa y lo que he sentido desde el fondo de mi alma es no haber podido decir y hacer lo que ha dicho y hecho el distinguido estadista doctor Angel F. Costa: «;Conciudadanos: ahí os dejo la parte de sol y aire que os tomaba!».

Conste, pues, que nada quiero ni espero del cuestismo del presente ni del futuro, y voy á seguir ocupándome bajo otra faz del constitucionalismo y de su ilustre *leader* *Byzantinus*, que con tanto corazón como talento ha tomado á su cargo exponer y dorar la nueva píldora que su colectividad decadente y también anarquizada quiere hacerle tragar á la patria enferma.

El «Partido de la fraternidad Uruguaya», no es una fórmula práctica para curar el cáncer de la guerra civil ó de la anarquía que devora al país, porque, lo que sería necesario es que sus afiliados sintieran en sus pechos el amor por sus conciudadanos, y esa no es cuerda que pueda hacer vibrar con alto diapasón el constitucionalismo ni el señor Cuestas.

Por otra parte, la creación de un nuevo partido con los mismos hombres, no serviría más que para aumentar más la anarquía, porque los que no creyesen oportuno formar parte del Partido de la Fraternidad serían llamados Cafenes y tendríamos los mismos ó aún peores nombres para designar nuestras divisiones.

Creo sinceramente que lo que debe hacerse es todo lo contrario que inventar nombres pomposos y engañosos, y que el mejor y más acertado paso que podrían dar los constitucionalistas es disolverse y volver todos al seno de los viejos partidos y á los que infundiéndoles nueva sangre y nuevos rumbos y tendencias si fuere necesario, se les inculque por los hombres dirigentes y de valer, el convencimiento de que sólo con los beneficios de la paz, que por razón alguna debe perturparse, el país y los partidos evolucionarán y llenarán mejor sus altos destinos.

En una ligera conversación que tuvimos hace unos días con *Byzantinus* sobre sus ideas y las más á propósito de los partidos, me recordó *fraternalmente*, y como entienden los constitucionalistas la fraternidad, que yo había sido el doctor Gallinal del gobierno de Santos, llegando hasta decirme que no valía la pena de haber estado ausente del país por tantos años para venir á sostener la persistencia de los partidos tradicionales y combatir con vehemencia, que resultaba incómoda, al constitucionalismo.

En efecto: fuí el doctor Gallinal del gobierno de Santos y hasta si se quiere su Primer Ministro sin cartera; pero tengo la satisfacción de que durante mi efímero y corto ascendiente sobre aquel gobernante, me incliné ante la fuerza, pero no me quebré jamás. Nunca aplaudí lo que fué malo y creía malo, ni dejé de sostener con entereza frente á frente del mismo Santos lo que creía su salvación y la del país. Sembré el bien á manos llenas por doquiera, á nadie causé mal, ni una pena y recogí lo que recogen los buenos en intención y en el hecho, en este país atacado de raquitismo ó necrosis, la diatriba, el insulto, la calumnia, en fin, todos los frutos menguados de la envidia, del egoísmo, de la insana ambición que embarga el corazón de las clases dirigentes de la opinión pública y cuya maldita soberbia, salvo honrosas excepciones, les impide reconocer que han dado mil golpes en la herradura y hasta ahora ninguno en el clavo.

Por renuncia voluntaria dejé el Superior Tribunal de Justicia, cuando el país entero se prosternaba ante el bocero de oro personificado en la persona de Reus, y me fuí modestamente á servir á mi país en el extranjero como Cónsul y Encargado de Negocios, siendo así que habría podido haberme hecho nombrar Plenipotenciario y hasta Nuncio del nuevo Papa laico del constitucionalismo del 94, el general Tajes.

No creo haber vuelto á mi país, de donde salí baúl reducido á petaca, sino que me parece que, por el contrario, en el extranjero aprendí á amarla más porque los ejemplos que he tenido á la vista me han convencido de que todavía el Uruguay podría levantarse en breve y muy alto si desaparece el mentido constitucionalismo y sus partidos dan un pequeño paso más en el sentido de su educación; si en vez de las exigencias é intransigencias insanas nos hacemos todos prácticamente posibilistas y oportunistas, como por instinto lo fuí en la época de Santos y lo soy hoy por convicción también.

Mi insignificante actuación no ha necesitado una expiación, pues el insuceso no es un pecado ni falta. Por el contrario, el año pasado recibía en Londres una extensa é interesante carta de uno de los más brillantes constitucionalistas, y que fué uno de mis más encarnizados perseguidores, en la que concluía lamentándose de lo infecundo y estéril que había sido su vida pública y reconociendo que le ocurría lo propio que á Don Quijote, que conoció la realidad recién cuando estaba boqueando.

Todavía es tiempo de que todos los hombres del constitucionalismo, como aquel ciudadano, abandonen su soberbia, que les ha conducido á tantos fracasos como contradicciones, y vuelvan por su honor, juicio y sentido común que van á perder en el tembladera en que han metido úl-

timamente al país y en el cual están chapateando fango en consorcio venal é impudico con la mayoría de los elementos, empezando por el mismo señor Cuestas, que no ha tenido más ideal, ni existencia que servir con condiciones y sin ellas todas las causas, y que el constitucionalismo ha combatido con la mayor acritud y violencias posibles.

Nadie podría tachar con justicia á los hombres del constitucionalismo de inconsistencia si reaccionando y desistiendo de su aventura de querer gobernar al país *legalmente* por la fuerza, que es lo único que podría conseguirse con el señor Cuestas, vuelven al seno de los antiguos partidos, de donde salieron en mál hora para aumentar más la anarquía y alejar más, si cabe, la posibilidad de que los partidos se tranquilicen y llenen sus fines, en paz y concordia.

La tenacidad que produce el amor propio que raya en insensata soberbia, no es virtud, es vicio también, y si los hombres del constitucionalismo quieren merecer con justicia los elogiosos calificativos que entre ellos se prodigan y como si estuvieran en una perpetua é inocente batalla de flores, es necesario que sigan el consejo que les da *Veritas*, que ha querido siempre ofrecerles una mano verdaderamente fraternal y amiga y que no se habrían manchado al estrechar con iguales sinceros sentimientos.

Es necesario que dejemos de ser políticos y hombres de estado á lo pescadores á río revuelto; que cesemos de pretender edificar sobre ruinas morales y físicas, cuando hay suficiente campo virgen dónde ir levantando con paciencia nuestra nacionalidad y anhelando tanto como *Byzantinus* la paz y la concordia entre mis compatriotas, creo que la conseguiremos si todos nos empeñamos desde el seno de los viejos partidos, *que no quieren disolverse*, en llevarlos continuo á la práctica del gobierno propio; al respeto mutuo; á la sumisión á las contrariedades del momento y pasajeras, como tienen que serlo todas las que puedan ocurrir en una nación, desde que ésta esté llamada á no perecer jamás y existir mientras exista el mundo.

Todos los hombres de estado del presente siglo á quienes sus respectivos países deben los más grandes beneficios, no perdieron su tiempo en combatir los nombres de sus viejos partidos, y desde el seno de éstos les cambiaron su carácter según las exigencias del momento y fueron oportunistas, como los Pitt, Canning, Peel, Gladstone, Thiers y Bismarck.

El primero de esos grandes políticos, decía: « El hombre que habla de su consecuencia « simplemente porque ha sostenido las mismas « opiniones por diez ó quince años, cuando las « circunstancias bajo las cuales fueron formadas han cambiado totalmente, es un esclavo « de la más inútil vanidad ».

Sabido es que Sir Robert Peel, llamado el « *caballero del torysmo*, concluyó su carrera « extrañado de su propio partido y asociado « con sólo una sección de amigos personales y « partidarios, que sostuvieron el gobierno Whig « del 46, y dentro de una docena de años llegó « á quedar finalmente absorbido en los ran- « gos del partido liberal. » Se le llamó traidor, « pero Peel es hoy juzgado por todos como ha- « biendo sido el más hábil hombre de estado « de su tiempo, el hombre de estado, único qui- « zás, que por su ascendiente sobre el partido « de la reacción y resistencia podía haber pilo- « teado el Estado sin desastre por entre los tre- « mendos cambios orgánicos que produjo la « restauración de la paz, el crecimiento del es- « píritu industrial y el avance de las reformas « democráticas ».

A Gladstone, su más ilustre discípulo, le ocu-
rrió lo mismo con la reforma y purificación del
sufragio y el gobierno propio para Irlanda, y
para la virtud de Gladstone como la de Sir Ro-
bert Peel, fué siempre un honor que se les lla-
maran oportunistas, porque sólo la ignorancia
y la obcecación pueden permanecer inmutables.

Refieren que Bismarck confesaba franca-
mente á un estadista inglés ; que él no había po-
dido nunca mantener invariables y llevar á cabo
sus opiniones originarias porque se había en-
contrado en presencia de situaciones que no

eran siempre las mismas, de vida y crecimiento, en conexión con las cuales tenía necesariamente que tomar un día un camino y en seguida otro, al día siguiente. Bismarck decía : « No puedo « correr siempre derecho como una bala de ca- « ñón. Si lo hubiera intentado, me habría es « trellado la cabeza contra un muro ».

Es un hecho evidente, que hasta ahora el constitucionalismo, bueno en teoría, pero malo, malísimo en la práctica, no ha conseguido otra cosa que estrellarse la cabeza contra los partidos tradicionales, entre los cuales ha sembrado la anarquía infecunda en vez del orden y contra los cuales nada podrá mientras los acometa de frente. Cambie, pues, de táctica, de política que no es una religión ni es una ciencia de dogmas y principios revelados é inmutables, sino el arte simple de contentar y hacer felices al mayor número, pues, hacerlos á todas sin excepción es desgraciadamente imposible para las fuerzas humanas.

Si *Byzantinus* no hubiera salido de su antiguo partido; si el constitucionalismo no hubiera sido un partido de *sangre y fuego*; si en vez de querer contener el torrente y la avalancha con diques efímeros, se hubiera preocupado de encauzarlo con trabajos fáciles de rectificación, á la fecha habríamos tenido el placer de haberle visto figurar entre los Presidentes más conspicuos del nacionalismo; y lo mismo

podría decirse y habría ocurrido con los colorados más caracterizados, que abandonaron su partido cuando más necesitaba de sus talentos y virtudes. En fin, si los constitucionalistas no hubieran existido y en su lugar sus hombres se hubieran hecho oportunistas á lo Peel, Gladstone ó Bismarck, no nos habríamos quedado como estamos, en el *año terrible*, con un Jorge III, siempre insano, en vez de un Latorre rigiendo los destinos del país.

Los constitucionalistas deben pensar que si ellos no cambian por obcecación, ofuscación ó cobardía pueril, las circunstancias han de cambiar tarde ó temprano, y que empezando por donde al fin y al cabo los acontecimientos han de obligarlos á concluir, no deben ponerse como un obstáculo en frente de los partidos, retardando su marcha hacia el progreso y consiguientemente la del país.

Ahórrenle á su patria, que tanto aman, pero que por lo mismo tanto han aporreado, nuevas *hemorragias*, y digo *su patria*, porque *Veritas* se declara insignificante rana de charco, para desgañitarse pidiendo una reina como Victoria para el *little and ill fated Guy*, como llaman en Londres á este rincón del globo, y en mi calidad de extranjero en mi propia tierra, me ocuparé en lo sucesivo de cosas más útiles que de la política militante.

ÍNDICE

ÍNDICE

	PÁGS.
DEDICATORIA	5
EL CANDOMBE ACTUAL	
Los constitucionalistas y <i>Byzantinus</i> — Tripotajes políticos.	7
EL CONSTITUCIONALISMO	
<i>Byzantinus</i> y el cocodrilo	18
<i>Byzantinus</i> y la mistificación y la mentira	32
Palinodia ó cacareo	42
Los « cagatintas » y las satrapías blancas	49
EL CONSTITUCIONALISMO Y EL EMBUDO	
El trono de Cuestas.	56
<i>El constitucionalismo "contentis et gordis"</i>	62
¡ Nunca!	69
EL CONSTITUCIONALISMO Y SHYLOCK	
¡ Viva mi hijo Tiberio!	76
CONCLUYENDO	
Ni acuerdo ni fraternidad—Ni paz ni honor—“ Veritas ” contra “ Mumdum ”.	83



